

YA. Madrid. 24. julio. 64.



## LOS CAZADORES

Por Francisco Javier MARTIN ABRIL

SE es cazador o no se es cazador, como se es poeta o no se es poeta. Sí, caben objeciones, son posibles matices. Pero parece que la pasión de la caza se hereda, aunque quizá también se adquiere en algunos casos. Lo cierto es que los cazadores, que son hombres como los demás, constituyen un mundo aparte, con su idioma, que nosotros no comprendemos, y sus valores entendidos, "misterios eleusinos" para nosotros.

¿Cómo se entrega a la caza el verdadero cazador? Se ha llegado a decir por Robert Smith Surtees que todo el tiempo que no se emplea en la caza es tiempo perdido. ¿Una barbaridad o una exageración de cazador humorista? Joubert afirmará que el placer de la caza es el placer de la espera. ¿Sólo la caza es el placer de esperar? Creemos que no. Creemos que el placer de la caza se compone de muchos pequeños placeres, acaso porque dentro de la caza existen no pocos esfuerzos, no pocas re-

nuncias, no pocos sacrificios.

Alguien preguntará al articulista:

—Y usted, ¿qué sabe de eso?

Yo salí de caza una vez, hace ya muchos años. Me dieron una escopeta, me dijeron: "Ponte ahí..." Mas al poco tiempo, en cuanto empezaron los disparos, yo pensé que algún compañero podía meterme un cartucho en la cabeza, y, tras vocear como un insensato para que los otros supiesen que yo estaba allí y que no era una pieza, abandoné el arma y me retiré para siempre.

Miguel Delibes ha escrito un espléndido libro sobre la caza: "El libro de la caza menor", con estupendas fotografías de Ontañón, en el que se exponen la filosofía, la psicología y la técnica de la caza con un repertorio de pormenores y de valores humanos no exento de poesía, de humor y de ternura. El autor se lo sabe todo, como se lo sabía Pero López de Ayala, quien en su "Libro de cetrería o de las aves de caza" registra interesantes observaciones de historia natural, de geografía española, de gramática propia del caso. ¿Sabemos hoy lo que es un gerifalte, un sacre, un alfanegue, un tagarote, un borní?

Miguel Delibes sabe cómo se llaman las aves, los árboles, las plantas, los accidentes del paisaje. Cuenta el escritor la "feria" de su caza, y lo hace con una puntuali-

Continúa en pág. siguiente)

## LOS CAZADORES

(Viene de la pág. anterior)

dad rigurosa, sin omitir los nombres de los que componen su cuadrilla, sus características humanas, sin dejarse en el tintero las localizaciones de sus experiencias de venador: tal monte, tal ladera, tal marjal, la emoción del amanecer, el frío del crepúsculo vespertino, el color del cielo, el silencio del retorno.

EN el prólogo, Delibes, "colgado" sin necesidad del "famoso" prólogo de Ortega, nos presenta su filosofía de la caza. El hombre-cazador "regresa del monte reconciliado con su condición de animal de asfalto". "El hombre-cazador, en su efímera fuga, se ha percatado del valor de su régimen de vida cotidiano, del valor de los detalles que veinticuatro horas antes despreciaba, incluso de la importancia de nimias comodidades hasta ese momento inadvertidas."

Claro. Por eso da en el clavo el autor al decir que la caza es un placer de ida y vuelta. "Durante seis días de la semana el hombre se carga de razones para abandonar por unas horas los convencionalismos sociales, la rutina cotidiana, lo previsible."

La más fina caza, para Delibes, es la caza de la perdiz. Esta parte

del libro tiene un aplomo y un vuelo verdaderamente excepcionales. La sabiduría del cazador se cuenta y se canta en prosa magistral, de literatura ajustada al aire del paisaje y del corazón. De cuando en cuando, dialoguillos a lo humano, dialoguillos graciosos, en los que sobran las palabrotas, los tacsos reiterativos, esas expresiones que, por ser de mal gusto, parecen manchas de grasa en un libro de oro, de seda y de cristal. Querido Miguel, ¿que eso no es literatura! Miguel, en cuanto me vea, me dirá con su zumba proverbial: "Ya estás tú con tu manías..."

La poesía de la caza—sí, la poesía—, sin dejar de flotar a lo largo de toda la crónica, cobra una quintaesencia escalofriante en las narraciones "El primer día de la temporada" y "El último día de la temporada". Aquí, el autor, sin merma de su personalidad, nos recuerda a "Azorín"; concretamente, al "Azorín" de "Salvadora de Olvena". "Cuando la pequeña campana de las siervas de Jesús replica viva tras de la casa del cazador, el cazador lleva ya una hora despierto."

Sí, se acaba la temporada, y "el introducir las escopetas en las fundas tiene algo de entierro". Los de la cuadrilla, todos amigos del que esto escribe, vuelven callados.

# «El libro de la caza menor»,<sup>2</sup>

«Balcarras»  
agosto 64

por Miguel Delibes

MD

**M**IGUEL Delibes es uno de los primeros novelistas españoles, pero él se estima mucho a sí mismo como cazador, como hombre que sale al campo, con el comenzar del día y vive una jornada de hombre completo, digámoslo así, y entregado al más primitivo de los quehaceres: cazar.

Hijo de cazador y con un primogénito que ya sale al campo con él, Miguel Delibes, a quien este invierno tuvimos en la ciudad leyéndonos admirables páginas de libros recientes, publica ahora el libro, más completo, sobre su afición, sobre su pasión.

Delibes es autor de distintas páginas sobre la caza menor — llamada «menor», diría él, con cierto tonillo despreciativo—, y ahora recordamos su estupendo Lorenzo, en el relato novelesco «Diario de un cazador», una de sus obras más famosas.

En «El libro de la caza menor», Delibes no inventa, no da vida a personajes imaginarios. Aquí se cifra a la sencilla y clara verdad de la caza, y su libro pudo ser —aunque lo sobrepasa— un gran reportaje. No lo es, porque la prosa de Delibes es siempre una fiesta, y el lector, le guste o no el salir con la escopeta al hombro al campo se maravilla y disfruta leyendo este largo relato del por qué se sale a cazar, y las estupendas páginas que Delibes dedica a la perdiz, al conejo, a la liebre.

No se trata de un «tratado» sobre el asunto, se trata de hablar, con entusiasmo contagioso, de una pasión que es vieja como el hombre y sobre la que



MIGUEL DELIBES

Ortega ha escrito páginas muy sutiles. Leyendo a Delibes a uno le entran unas ganas enormes de formar en su cuadrilla, de conocer a sus amigos, de aventurarse con él por los campos que él describe, siempre sin literatura, y con la mayor fortuna en la elección de sus adjetivos.

«Destino» publica el libro en su bella colección «Ser o no ser», y los grabados del libro están firmados por el estupendo fotógrafo que ha logrado, con instantáneas muy precisas, dar una nueva dimensión al bellísimo libro de Delibes sobre la caza.— B.

"Madrid"  
Apost. 54



# AL MARGEN DE LOS LIBROS

Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

DELIBES, Miguel: "El libro de la caza menor". Barcelona. Ediciones Destino. 1964. 218 págs. Tela. 100 pesetas.

No me gusta la caza. Vaya por delante esta categórica afirmación. Y a continuación estas otras no menos contundentes. Que no admito que la caza sea un deporte. Que algunas cazas—tiro de pichón, con cimbel, con aves rapaces y alimañas, con acoso de sabuesos—me parecen crudelísimas y deladoras de sensibilidad acorchada. Que sólo admito—por lo que pueden tener de arte, por lo que tienen de valor en el cazador ante el peligro—la caza del toro en el redondel y la caza de la fiera en la selva. He querido que estas afirmaciones precedan a mi juicio de la obra de Miguel Delibes "El libro de la caza menor", para que cuanto alabe de él nada tenga que ver con el tema, el cual, ya está dicho, me es profundamente antipático. Aún más: de no merecerme Miguel Delibes una sincera admiración como novelista y prosista, no hubiese leído ni comentado su libro.

Tiene fama Miguel Delibes, en Valladolid, donde vive, y donde yo voy con frecuencia, de ser una de las primeras escopetas de la provincia. Y sus conocimientos técnicos y tácticos de la caza parecen ser tan excepcionales como su puntería. A los que une una afición casi fanática por el ejercicio cinegético. Todo lo cual quiere decir que si a tales prendas se unen las de amenísimo narrador y singularísimo prosista, el resultado sólo puede ser éste: un libro en verdad importante. Que he leído de punta a cabo, pero sin poder quitar al gusto lector el regusto acidulado del antipático tema. Algo semejante a ese desagradable escrúpulo con que se come un manjar que gusta poco, pero guisado con tan inmejorable arte que disgusta... gustando. ¿Ustedes me entienden, verdad?

Que a Miguel Delibes le apasiona la caza, ya me lo había más que supuesto, como asiduo lector que soy de sus obras, en ninguna de las cuales dejan de encontrarse rastros muy vivos de su afición. Testimonios morosos y gozosos de ella hay en su "Diario de un cazador" y "Diario de un emigrante", cuyo protagonista, el bedel Lorenzo, parece fundir en él la loca afición y los conocimientos cinegéticos de su creador. Pero Delibes ha querido protagonizar su "papel" de cazador constante, eficiente y sabio, y, supongo, escopeta al brazo, atuendo ortodoxo, talante alegre, paso cauteloso, ojo avizor, palabra sosegada y temosa, va explicando su cátedra por las altas tierras castellanas que él tanto ama y tan bien conoce. Y, claro está, como cuanto cuenta Delibes tiene amenidad, le escuchamos—bueno, le leemos—con incansable atención, aun cuando realmente nos importa poco cómo se caza al zorro, al águila, al sisón, a la avutarda, a la averría..., y en qué consiste el ojeo-matanza, y cómo actúan los ladrones de huevos, y la importancia del culo de la liebre y de la peste lebrera, y cómo se atrapa en mano o con reclamo la perdiz, y las particularidades de su desconfianza, bravura y sentido de la ocultación. ¡Cuánto sabe Delibes de todo eso y qué bien lo escribe! Pero luego de reconocerlo, de su libro prefiero cuanto en él es descripción, "sabrosa" y de enorme plasticidad, de los paisajes, de la vegetación, de los caminos y lucas, de los vivares y bardos. ¡Ah!, y esos dos capítulos, primero y último, titulados "El primer día de la temporada" y "El último día de la temporada", que son dos felices narraciones de mucha calidad literaria y costumbrista, capaces, con lo ya alabado—por preferido—de que le perdonemos a Delibes que nos haya obligado a leer dos centenares de páginas con temas que nos disgustan por lo que tienen de humanidad cainita. También cabe señalar el buen humor y la indiscutible gracia que rebosa ese capítulo en el que Delibes "se mete" con monsieur Armand Delille—que en paz descansa, rodeado de leporidos—, que fué quien primero inoculó la mixomatitis a un conejo de su finca en Eure et Loire, y que poquito a poquito amenazaba acabar con los conejos de Francia en menos que canta un gallo; muy monsieur nuestro, pongamos la albarda sobre la idem, a quien en vez de encarcelar, como es opinión del buen cazador, concedieron una medalla...

En "El libro de la caza menor"—según ya es costumbre en todas las obras de Miguel Delibes—abundan los "tacos". Pero debo aclarar que, por esta vez, sus "tacos" están bien colocados, y no son excesivamente crudos. Lo cual que ya es extraño en bocas cazadoras...

P.140

CORREO DE ANDALUCIA	Sevilla	DIARIO DE CADIZ	Cádiz
A B C	Sevilla	ODIEL	Huelva
SEVILLA	Sevilla	JAEN	Jaén
IDEAL	Granada	YUGO LA VOZ DE ALMERIA	Almería
PATRIA	Granada	AYER LA VOZ DEL SUR	Jerez de la Frontera
SUR	Málaga	AREA	La Línea de la Concep.
LA TARDE	Málaga	HOY	Badajoz

25 AGO 1964

# De caza, con Miguel Delibes



Per Julio Cienfuegos Linares

Con los primeros disparos encendiendo el horizonte tolero, nos llega un libro de Miguel Delibes. Miguel Delibes, escritor apasionado, es también (y en punto a pasión más) un apasionado cazador. El libro viene a seguir aquel inolvidable "Diario de un cazador" que narraba las peripecias de Lorenzo, el bedel encibado con la caza que pedaleaba al alba buscando los ensañados parajes cuya realidad, la mayoría de las veces, deparaba menos piezas que las imaginadas. Cazador de escopeta y perro, de diálogo con el perro, de azacana andadura, de modestas satisfacciones, de enjuto morral, pero de siempre renovadas ilusiones.

Este de ahora es "El libro de la caza menor". La caza cruza constantemente por el panorama literario de Delibes, como está presente en su vida a diario, en el ejercicio dominiguero y en la tertulia semanal. En este libro la caza ya no es una anécdota, ni tampoco el pretexto para una creación literaria. En él el tema es la caza, como prontuario y análisis de este ejercicio, aunque, como es natural, con una primacía de valores literarios y una mantenida nota de humor que aligera y cordializa

cualquier asomo de definición erudita. Libro hecho por un escritor de estirpe creadora y por un cazador de fibra popular. A través de la biografía de una corta y bien avenida cuadrilla de cazadores dominicales, con sus lances, sus alegrías, sus "bolos" y sus pullas, va desfilando el catálogo de procedimientos de caza menor, referida a las especies más comunes de nuestros montes. Las referencias son siempre vividas y el diálogo socrático en que se enhebra la didáctica de la obra, está apostillado por jocundos comentarios de un celtibérico Critón que oye al maestro con cierta zumba. Esto procura a la obra su aire de autenticidad venatoria.

La caza, la historizada en este libro, está vivida en su mayor parte en Castilla. Con frecuencia se hacen referencias a nuestra tierra, bien por las incursiones venatorias que por Badajoz ha hecho Delibes, bien por la fuerte atracción que en la ilusión de los cazadores ejerce este paisaje de tan neta y definida vocación cinegética. Y, sin embargo, difícilmente este libro se hubiera podido escribir aquí, donde el tiroteó emulativo ha sustituido a la caza donde es difícil encontrar la pura silueta del cazador, enterañado con la naturaleza, asistido del perro, viviendo las sugerencias del contorno y animalizándose, como diría Ortega en contacto con el medio natural. Todo el relato de Delibes, verdadero cazador, con jornadas de dos, tres, cinco piezas, hará sonreír a muchos tiradores de nuestros montes, acostumbrados a las "masacres" diarias en organizadas batidas. Y, sin embargo, en él está la caza, con toda su aventura, con todo su riesgo y con toda su verdad, como no lo está en los estupefendos tiradores que sólo han conservado de la caza el momento decisivo del encare.

Resulta consolador adentrarse en los afanes de esta pequeña cuadrilla de cazadores que manejan bacillares y rastros de las altas tierras castellanas. Asistir a sus pequeños triunfos, a su estratégico careo de los bandos, al afinamiento de sus sentidos para dar con la caza, con la parva ración de satisfacciones que les puede deparar su infatigable andar.

Aparece también Badajoz en el libro de Delibes registrando la variación de nuestro "habitat". Hace algún tiempo le anunciábamos el progresivo desarrollo de la cordoniz estante en nuestro suelo, a él, cazador de tierra de codornices. Posteriormente Delibes ha cazado la codorniz en los algodonales de Mérida y ha extraído conclusiones, diferencias, modos, en lo que puede ser el democrático porvenir venatorio de nuestros campos, como un regalo más del regadío, en épocas distintas a las que suele darse en Castilla, y a la que antes, en pequeña proporción, se daba en nuestra misma tierra. Ello justifica también el interés que sus observaciones pueden tener para nuestros cazadores.

El libro de Delibes se enriquece con unas magníficas fotografías de Francisco Ontañón. Son fotografías de alta calidad que constituyen un reportaje profundamente expresivo de la vida de estos cazadores en el campo, de sus menudas incidencias, de sus familiares pasos, gracias las cuales, por unos momentos, con la prosa de autor, participamos en esta partida de caza, en buena y fraterna compañía, que es la lectura del libro.

Nuestros  
colaboradores

Diario de Burgos  
26-8-64

## «El libro de la caza menor» de Miguel Delibes

Por Santiago RODRIGUEZ SANTERBAS



El escritor —el artista en general— es un hombre que construye su propio mundo. En un principio, ese mundo es apenas una nebulosa. Es necesario que fluya el tiempo. Hay que conocer un plazo suficiente al desarrollo de ese proceso interior que Aristóteles llamaba "catarsis"; es decir, purga del espíritu por medio del poder curativo de un determinado tipo de armonía estética. Al fin, cuando se ha experimentado el hallazgo de la serenidad interior puede decirse que el hombre ha construido su propio e intransferible paisaje.

Estas cuatro líneas mal hilvanadas se me han venido a la mano después de haber leído "El libro de la caza menor", último de los publicados por Miguel Delibes. Al fin y al cabo, el lector —que también es, como escritor, humano— busca en los libros un caldo de cultivo favorable a su propia catarsis. Pero desgraciadamente no todo lo que se lee resulta propicio para la búsqueda. Me atrevo a afirmar que un libro posee el mismo grado de trascendencia —o intrascenden-

cia— para el autor que para el lector. Si no se diera esa circunstancia de la comunicabilidad, la literatura no tendría razón de ser.

Miguel Delibes no ha recorrido en balde ese largo camino —quince títulos, muchos de ellos traducidos a diversas lenguas— que va desde "La sombra del ciprés es alargada" hasta "El libro de la caza menor". Su obra ha experimentado una importante depuración, tanto en el aspecto formal como en el sustantivo. Digo esto porque —basándome en las anteriores afirmaciones— presiento que Miguel Delibes ha llegado al final del proceso catártico: ha construido su propio mundo. De ahora en adelante, la obra de Miguel Delibes estará marcada por el sello de la serenidad definitiva. Su última labor será la de descubrir los sutiles e innumerables matices de ese dominio privado.

Era lógico que Miguel Delibes alcanzase su objetivo utilizando como medio final el tema —para él tan familiar— de la caza. Sospecho que no podía suceder de otro modo. Miguel Delibes —como muchos hombres engranados en el mecanismo vital de nuestro siglo— siente con harta frecuencia la necesidad de ser "paleolítico", la urgente precisión de olvidar su piel de ente urbano y civilizado —es decir, lleno de prejuicios— y, para remediarlo, se sumerge en uno de los más primitivos tinglados humanos: la caza. Echarse al campo con una escopeta bajo el brazo constituye una actividad cuyos fundamentos son tan instintivos y atávicos como la vida misma. En dichos fundamentos reside precisamente el innegable encanto —el veneno— el arte venatorio. "En caza y amores —dice un viejo refrán—, entras cuando quieres y sales cuando puedes". Miguel Delibes entró hace muchos años en el universo cinegético: "En puridad —ha escrito en su último libro—, esto de la caza se llama. Cuando uno, de chico, ve llegar al padre cada domingo con un ramo de perdices, al alcanzar el uso de razón —que, dicho sea sin ánimo de ofender, es cuando menos se usa— piensa que los días festivos se hicieron para eso: para pechar con montes y morenas pegando tiros a diestro y siniestro".

Con ello, quiero defender la tesis de que, más que un escritor que caza, Miguel Delibes es un cazador que escribe. La afirmación no deja de ser significativa. Supone, por lo pronto, una garantía de sinceridad. Porque Delibes —en mi modesta opinión— no es periodista, ni abogado, ni catedrático, aunque en las solapas de la portadas de sus libros se le atribuyan tales profesiones. Miguel Delibes es, ante todo, un hombre cuya mentalidad es, en un noventa por ciento, predominantemente rural. "Para sentar las cosas desde un principio —escribió Miguel Delibes hace algunos años— diré que Sedano es mi pueblo, un pequeño gran pueblo de Burgos..." Y explica: "En efecto, uno nació —o le nacieron— en Valladolid, ciudad de la que se siente orgulloso, pero eso no obsta para que a uno, desde pequeño, le gustase tener su pueblo..." Y, por si fuera poco, insiste: "Torque es en los pueblos donde nacen las cosas y las costumbres y cada pueblo tiene una cara y no como las ciudades que todas se asemejan porque todas, incluso las más pequeñas, aspiran a parecerse a Nueva York. Así que Sedano es mi pueblo y no por casualidad de haber nacido en él, sino

por decisión deliberada de haberle adoptado entre mil".

Es ésta una postura lógica y honrada. Los hombres sólo deberían escribir sobre los temas que les son familiares. La obra global de un escritor es, síntesis, una sola: su autobiografía. Y Castilla —la tierra los hombres, el viento, las palabras, los animales— es el mundo propio e intransferible —el paisaje interior— de Miguel Delibes. Todo esto se podía sentir hace tiempo; por lo menos, a partir de 1950, año en que se publicó "El camino", esa "pequeña historia de una pequeña aldea" vista a través de los ojos infantiles —inogurales— de Daniel, el Mochuelo. Por si acaso los indicios no eran suficientemente claros, tuvo lugar más tarde el advenimiento de uno de los personajes de ficción más palpablemente vivos de la literatura española: Lorenzo, el bedel-cazador. En realidad, las caminatas dominicales de Lorenzo eran escalones ascendentes dentro de su particular proceso de catarsis.

Se me dirá, y con razón, que apenas he hablado del contenido sustancial de "El libro de la caza menor". Pienso, no obstante, que del mismo modo que al hombre y al árbol se les conoce por sus frutos, puede juzgarse al libro por sus consecuencias, entendiendo como tales todo ese cúmulo de sugerencias e intuiciones de las que el libro es causante. De todas formas, haciendo concesión a la costumbre, puedo y debo señalar en el libro de Miguel Delibes esas cualidades que, a fuerza de ser indebidamente reiteradas, pierden gran parte de su valor al ser —tal en este caso— justamente atribuidas. Me refiero a la perfección —sería ruin hablar sólo de pulcritud— del estilo, a la extraordinaria amenidad del relato, a la belleza del conjunto literario. Debo aludir también a las magníficas fotografías —prodigiosamente expresivas— de Francisco Ontañón, que ilustran el volumen. Sin embargo, ¡qué míseros me parecen, en este caso, los adjetivos! ¡Están, los pobres, tan usados —y abusados— que da cierta grima emplearlos!

Me limitaré, pues, a afirmar que en "El libro de la caza menor" hay "magia" encerrada. Debo confesar que, por mi par-

te, este elogio es el mayor que puedo hacer de un libro y que tal calificación es exclusiva de una escasa docena de volúmenes. Me explicaré: llamo "libros con magia" a aquellos que nos hacen salir de nuestro mundo habitual y nos sumergen en un universo de ideas, de armonías estéticas insospechadas, de posibilidades inéditas. Son "libros de mesilla de noche". No se busca en sus páginas la simple distracción o la solución a un grave problema social. En el fondo, el lector se busca, en ellos a sí mismo. Y es que la "magia" posee un asombroso poder introspectivo. Los "libros mágicos" demuestran —como en el caso de Miguel Delibes— que el autor ha constituido ya su mundo e incitan al lector —harto de verdades vulgares y de hechos racionales— a penetrar en él con la misma cálida sensación de atravesar los insólitos umbrales de un laberinto excitante y acogedor.

MARCA	Madrid	EL MUNDO DEPORTIVO	Barcelona
YA	Madrid	VANGUARDIA ESPAÑOLA	Barcelona
EL ALCAZAR	Madrid	SOLIDARIDAD NACIONAL	Barcelona

2 SEP 1964

# EL LIBRO DE LA CAZA MENOR



por Miguel Delibes. Fotografías de F. Ontañón. Ser o no ser, 29  
Destino, B. 8.º - 218 pp. y 96 láms.

Director de un gran diario y profesor de Derecho en una ciudad como Valladolid, asomada a los ópimos cazaderos de Tierra de Campos y de Cerrato, de Duero, Esla y Arlanza, el novelista Miguel Delibes dijérase, naturalmente llevado a la pasión cinegética, y buena prueba de la misma menudea en sus escritos varios, desde el impagable «Diario de un cazador» y su no tan redonda prosecución, «Diario de un emigrante», hasta el presente y bellísimo libro en que, sobre el saber que le viene de inveterada afición de los de su linaje, hace tesoro de lo directamente asimilado en un buen cuarto de siglo de despearse morral al hombro y arma apercebida. Caza menor, por su-

probada experiencia que ya se dijo. En tono contenido y llano, emparedados entre las narraciones mencionadas y el prólogo, muy agudo ensayo, los capítulos de la obra tratan de las suertes de caza y de la idiosincrasia de la digamos selvajina de pluma y pelo, con más detenimiento en la perdiz, la codorniz o la liebre, menor en el hoy tan castigado conejo, pasando de ligero por tórtolas y torcaes, aves de marjal, los bandos de avutardas, el urogallo y, así sucesivamente, sin exclusión de águilas y raposos, los grandes azotes —más que el cazador— de tanta animalia. La inveterada práctica venatoria permite al autor, con el relato de tantos modos y costumbres —que no excluyen sus jocundas historias de cazador— y de los vicios que no pocas veces el noble deporte retrogradan a industria, simulación y carnicería, da pie, decimos, a muy curiosas observaciones acerca del estado actual de la caza en nuestro país y a los correspondientes consejos encaminados a mejorarlo. Por citar algo de ello, la insuficiente y anacrónica (poco menos de cuando Fernando VII gastaba paletó) ley de Caza, aindamáis tan poco respetada (¿sabían que el ojeo —tan prodigado en informaciones gráficas— está prohibido por aquélla?); el asiento de la antes trashumante codorniza en los regadíos del Plan Badajoz, desertando las parameras castellanas, y la relativa democratización de la caza del pato y congéneres al multiplicarse España adentro los pantanos; la caza como fuente de divisas, por la creciente afluencia de extranjeros que atrae la de la perdiz, más bravía que en lo más de Europa; la mansedumbre resultante de las «sueltas» de ejemplares; el aumento de alimañas, por la inobservancia de las disposiciones que premian su captura, o la insignificancia de estos premios. Y también la conveniencia de pasar examen para la licencia de armas y sancionar con la suspensión o retirada de la misma; de gravar y limitar las cacerías de extranjeros; de aumentar, en número y salario, los guardas y de incorporar a la legalidad el cazador furtivo, aplicándole quizás a la captura de alimañas; la institución de vedados rotatorios para, en dos o tres años, conseguir la natural repoblación, franqueándolos mediante canon a todo cazador, etcétera, etcétera. Libro de muy amena y provechosa lectura, que en el centenar de espléndidas y vivacísimas fotografías de Ontañón tiene condigno complemento, unas y otras servidas con encomiable pulcritud tipográfica.



El novelista Delibes, cazador castellano

puesto, si ha de imperar un criterio que atiende al solo volumen de la presa; pero de altura, ya que no de altanería, cual por ejemplo es la caza en mano de la esquivia y brava perdiz. Unos sabrosos reportes en «Destino», verdaderas narraciones cuyo tema es esa cacera, dieron el arranque para este libro que no es —bien se alcanza— mera obra didáctica, ensayo especulativo ni, tanto menos, brillante ejercicio literario, aunque de los tres perfiles participe, con los frutos de la más

MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes

EL PERSONAJE  
Y SU CIRCUNSTANCIA

## MIGUEL DELIBES

## CASTILLA

—Cada novelista alumbró el pedazo de mundo que le ha caído en suerte.

Lo dice Miguel Delibes. Y a él le ha caído en suerte Castilla. O diríamos mejor que Castilla y Miguel Delibes se han caído en suerte.

El autor de "Mi idolatrado hijo Sisi", "La sombra del ciprés es alargada", "Diario de un cazador", "Las ratas", "Viejas historias de Castilla la Vieja", "La caza de la perdiz roja", "Europa, parada y fonda"... es un hombre en constante equilibrio. Tenso en sus juicios y humanamente flexible en su comportamiento con los demás.

—No es fácil conocer Castilla — nos dice luego, mientras lía con lentitud un cigarrillo de tabaco negro.

Sobre la mesa de trabajo de Miguel Delibes vemos el primer ejemplar de su última obra: "El libro de la caza menor". Nos lo enseña y comentamos el texto y las fotografías que lo ilustran. Está contento con el resultado de la edición. Es un auténtico tratado de la caza, en el que se traslucen todas sus experiencias cinegéticas.

—¿Por qué es difícil conocer Castilla?

—Uno la va matizando a medida que amplía sus viajes y conoce otras regiones y a otros hombres. Hay que separarse de ella para percibir las diferencias y llegar a conocerla bien.

—Siempre que hay que hablar de una etapa importante en la historia de España se hace necesario mencionar a Castilla. ¿Cómo se explica esa importancia de los castellanos en el panorama total de nuestro país?

—La historia de Castilla es grande, tal vez porque está hecha por hombres sobrios, acostumbrados a vivir con unos elementos mínimos. El hombre que no tiene nada que perder tiene más de la mitad del camino andado para poder mover la Historia.

—¿Encuentra tipos novelables en Castilla?

—Todo hombre es novelable. Y en particular me lo parece el castellano rural porque aún no está uniformado por la civilización.

—¿Se le puede calificar de distinto?

—Yo pienso que sí.

—¿Distinto porque va detrás en la marcha de la civilización?

—Va delante en su contacto con la Naturaleza también. Los demás se alejan porque la Naturaleza ofrece escasas comodidades.

Miguel Delibes habla pausadamente, con voz grave. Y sin embargo nada hay de preparado en su conversación. Va expresando convicciones simplemente.

—Hoy no se puede hablar de regionalismos. La atracción de Madrid opera sobre los castellanos, y allí, en Madrid, se disuelven.

—¿Y los hombres capaces de mover la historia actualmente?

—En Castilla hay periódicos y hombres que procuran llevar la atención oficial hacia el enorme problema económico y social que nuestra región tiene planteado.

—En sus novelas "ha alumbrado el pedazo de mundo que le cayó en suerte", ¿lo ha hecho con ánimo de denunciar esta realidad de Castilla?

—Es preciso adoptar una actitud crítica si se quiere ser útil. Esto no quiere decir que se dé la espalda a la estética. Un libro estéticamente valioso, y socialmente útil sería para mí el ideal de novela.

—¿Por qué novelista y no autor teatral, o ensayista, o...?

—En contra de lo que la gente cree, el hecho de haber escrito diez o doce novelas no faculta para hacer ensayos o teatro. Aunque creó en la unidad del arte, en la intercomunicación de las distintas manifestaciones artísticas, el hecho de ejercerlas en una sola nos suele incapacitar, al menos momentáneamente, para abordar otras.

## EL REALISMO

—Sus novelas son siempre de estilo realista y a la vez directo, arrancadas a la propia vida, de la calle, de los hombres... ¿Cómo surgen? ¿Nacen en la mesa de trabajo, ante la cuartilla en blanco o han nacido antes de llegar a escribirlas?

—Yo nunca me siento sin saber lo que quiero escribir.

—¿Y al final siempre encuentra escrito lo que quería escribir?



—Lo que sucede al concluir un libro no es que tenga la impresión de haber hecho otra cosa distinta a lo que pretendía, sino la de no haber dicho todo lo que quería decir.

—¿En qué novela ha experimentado la sensación de haber dicho todo o casi todo lo que quería decir?

—A pesar de su brevedad, en "Las ratas".

Interrumpimos la entrevista unos minutos. Miguel Delibes habla por teléfono con León — al otro lado un amigo — para concretar una jornada de pesca. Esta vez serán truchas.

—¿Son válidos los personajes para expresar en la narración los pensamientos, las creencias, los sentimientos de Miguel Delibes?

—Desde que el novelista se ha situado al margen de la historia que cuenta se aprovecha de sus personajes para expresar sus ideas.

—¿Por qué tan realista?

—Esto entra dentro del cuadro de la novela española vinculada al realismo desde siempre. Hoy los lectores son más avezados y escépticos y hay que hablarles como se habla en la calle para que la historia les suene a verdad.

—Usted, además de escribir novelas, es catedrático de Historia, periodista y cazador. De estas ocupaciones, ¿cuál o cuáles son las más necesarias en su vida?

—Todo me es necesario, no solo espiritual, sino también materialmente. Todo eso llega a formar una cadena; sin ser novelista no hubiera podido escribir novelas, que me dio una cierta holgura económica, apenas hubiera podido cazar; sin cazar, a mi vez, tampoco hubiera podido escribir las novelas que he escrito. Todas estas cosas se influyen entre sí e incluso se determinan.

## POLITICA

Nos parece muy interesante el pensamiento del escritor acerca de algunos aspectos relacionados con la política. Por ese "constante equilibrio" suyo, que le lleva a no perder la serenidad más que por cosas de verdadera trascendencia, es un testigo de excepción. Él procura mantener bien en orden la tabla de valores.

—¿Cómo ve la sociedad europea actual?

—A mi juicio, está debatiéndose entre la frivolidad y la violencia. Lo más doloroso es que la frivolidad se produce como reacción contra la violencia y por el contrario, ésta surge como reacción contra la frivolidad. Y pese a los buenos deseos de muchos, nos

vemos enredados en este círculo vicioso.

—¿No se estará quemando algo importante?

—No se si se estará quemando algo, pero estamos amenazados.

—Por otra parte está la juventud, ¿qué ocurre con ella?

—De la juventud se está hablando quizá demasiado; de la juventud, de la delincuencia, de los gamberros. A la vista de los periódicos se diría que está corrompida, esterilizada en el tedio y el escepticismo. Pero esta visión pesimista responde al hecho de que estos jóvenes agresivos son los que hacen más ruido. La juventud que estudia, trabaja y ama, que es infinitamente superior a la otra, pasa inadvertida porque lo hace en silencio. Pero esta parte es la más interesante y a la que considero mucho mejor preparada que la frívola juventud de antaño para afrontar y resolver los grandes problemas universales.

—La Iglesia.

—Está en un momento de renovación sumamente interesante. Por la puerta que abriera el inolvidable Juan XXIII está entrando resueltamente Pablo VI, y yo estoy bien seguro de que tras estos pontificados, la Iglesia retornará a su pureza inicial.

—¿En qué época se perdió esta pureza inicial?

—En realidad desde que la Iglesia adquiere medios, riquezas, influencia temporal, empieza a apartarse de los Evangelios.

—En lo que va de siglo se han producido innumerables descubrimientos y la ciencia y la técnica progresan indefinidamente, ¿cómo ve todo esto?

—Es un fenómeno perfectamente explicable. El hombre opera cada vez sobre un acervo cultural mayor y va trabajando sobre campos ya descubiertos que ayudan al progreso. La revolución técnica y mecánica operada en nuestros tiempos nadie puede predecir dónde nos llevará. Lo que sí se puede decir es que toda la era espacial me ha cogido ya un poco viejo y no oculto que me produce vértigos. Creo que no estamos hechos para caminar tan de prisa.

## LA CAZA

—¿Qué piensa de la caza?

—Ortega dice que es la oportunidad que se nos ofrece de abandonar la civilización y darnos el gusto por unas horas de ser paleolíticos. Yo estoy de acuerdo con Ortega, pero le añado la satisfacción del retorno, cuando uno, cansado de ser paleolítico durante veinticuatro o cuarenta y ocho horas, redescubre el valor de estar sentado en un sillón, calzado con zapatillas y de beberse un vaso de agua fresca, placeres elementales que dos días antes no valoraba.

—¿Es fácil ser buen cazador?

—Yo creo más bien que es una afición que se mama. Generalmente los hombres que hemos tratado de incorporar a nuestra cuadrilla, forzando un poco la afición, no han resultado buenos cazadores. Hay una sangre cazadora como hay una sangre torera.

—¿Qué hay de cine? Se hizo una película de su novela "El camino".

—Sí, la hizo Ana Mariscal, pero no sé cuando la veremos. López Yubero quería hacer "Diario de un cazador" y Aguirre quiso rodar "Las ratas", pero de momento no hay nada sobre estas dos últimas.

—¿Puede ser fácil para un escritor convertirse en director de cine?

—Me parece que es también una cuestión de sensibilidad, y el que tiene posibilidades para desarrollar un tema literariamente, podría tenerlas para desarrollarlo cinematográficamente, previos los conocimientos técnicos precisos. Para mí el arte es solo uno.

Nos despedimos de Miguel Delibes en su casa, en su despacho, delante de una fotografía espléndida en la que el novelista aparece vestido con su atuendo de caza acompañado por un perro. Alrededor novelas, libros, revistas, cuartillas; es el laboratorio literario de Miguel Delibes, desde el que todos los días va alumbrando —siempre en equilibrio, sereno—, el pequeño pedazo de mundo que le ha caído en suerte...

Santiago JOSE SAIZ

MD \* \* \* ARTE Y LETRAS \* \* \*

Miguel Delibes y "El libro de la caza menor"

EL ESTILO DE UN GRAN ESCRITOR Y LA ATRACCION DE ESA GRAN AVENTURA QUE ES LA CAZA

CAZAR PERDIGES EN MANO, MAS DIFICIL E INTERESANTE QUE CAZAR ELEFANTES

Miguel Delibes une a su condición de gran escritor las de periodista y cazador, y señala deliberadamente esta triple condición, porque tengo la impresión de que en la creciente labor suya como escritor en la que se van, por decirlo así, acrisolando nuevos valores, han influido y no poco sus dotes de cazador y la no menor necesaria sagacidad de periodista en activo. Estoy de acuerdo por propia experiencia en lo que dice Ortega y Gasset en su famoso prólogo a la obra del conde de Yebes sobre la esencia de la caza como aventura y como actitud fundamental del hombre de nuestro tiempo. Hay, por lo tanto, una coincidencia con lo que afirma el propio Delibes en su prólogo o introducción a esta su última obra "El libro de la caza menor", lujosamente editada por "Destino" en su colección "Ser o no ser", con esas expresivas y abundantes fotografías de Francisco Ontañón. En efecto, la aventura de la caza no es un mero deporte: es algo que nos hace espontáneos, libres, y nos rescata por unas horas de una civilización en exceso rígida y "cuadrículada" para transportarnos, aparte del contacto con la naturaleza, a una actitud frente a la habilidad del animal con que nos enfrentamos, que se remonta a las etapas del paleolítico, en las que el hombre vivió varias centenas de miles de años y cuya actitud aparece dormida, pero viva aún en nuestra sangre. Y debe de pesar mucho ese sedimento ancestral, si tenemos en cuenta que, según el profesor Pericot, nos separan de los primeros agricultores del neolítico aproximadamente unas 200 generaciones, 32 de la invasión musulmana y... ¡unas 15.000 ó 20.000 generaciones de los primeros hombres! de un hombre que «hasta ayer», por así decirlo, era cazador. En la actitud de cazar se hermanan por esto hombres cuyas profesiones y gustos en otros aspectos son muy diferentes. Miguel Delibes ha debido de conocer muy bien al protagonista de su «Diario de un cazador» y la cuadrilla que el escritor forma con un hermano menor y dos amigos más —la «Cuadrilla del cazador»— tiene que tener en su contacto humano aspectos muy valiosos para el buen observador —«cazador» también de instantes, de actitudes, de tristezas o de entusiasmos— que es Miguel Delibes.



La caza como actitud total Y aquí viene la observación personal sobre la actitud vital total de hombres como el autor de «Las ratas» y del «Diario de un cazador». El gran escritor, tiene que tener —lo ha demostrado Delibes en sus obras y artículos— «la actitud de asombro permanente» ante cuanto sucede alrededor suyo; actitud de artista o de niño que se proyecta en todo cuanto desfila y se entrecruza con él en el mundo; igual en una partida de caza que si viaja; si conoce a un buen guitarrista o asiste a una engolada recepción en la que el escritor, con sagacidad periodística, «cazará» también detalles para el «morral», que no siempre el periodista podrá decir, aunque los tenga, y que, en general, a la mayoría pasan desapercibidos. Pues bien, mientras que para el verdadero escritor cada día es distinto y no hay dos crepúsculos iguales, para que en el hombre común experimente esa sensación de sangre nueva que permite encontrarlo «renovado todo», en la mayoría, se precisa de ese «revulsivo» de la caza que logra hermanar en ciertos niveles del entusiasmo a los dispares componentes de las partidas de caza. Entonces no sólo es frecuente la sensación de vivir una obra en común y olvidarse del problema que nos angustia, sino que hay momentos —ya lo dice Delibes— en que un bedel se transfigura en profundo psicólogo para hablarnos del gran dolor vital de que nos despojamos en ese choque de movimiento, de lluvia, de emoción y cansancio, de olor a tomillo, de humedad de bosque, de contacto con la tierra del monte adusto o en las riberas llenas de sorpresas... Por esto, el cazador puede decir también, como Lorenzo el bedel, que «salir al campo a las siete de la mañana no puede compararse con nada. Huelen los pinos y parece como que uno estuviera estrenando el mundo. Tal cual si uno fuera Dios». Es decir, que la caza transforma a los hombres y hace convivir amigablemente a quienes en la ciudad están, por lo general, más prisioneros que nunca.

La caza, en cambio, logra para todos los que la practican ese «milagro» de hacer al hombre un espontáneo poeta frente a la naturaleza; un poeta, en fin, que no escribe versos, pero que siente, al nivel de lo elemental, ese «algo» que agita nuestra sangre con la fuerza de cerca de 20.000 generaciones de cazadores que vivieron sucesivamente antes que nosotros y para que nacéramos nosotros. Es así como —nos dice Miguel Delibes— Lorenzo, el bedel cazador, coincide con Ortega y Gasset el filósofo. Miguel Delibes perdonará que el aluvión de imágenes y de recuerdos que ha

suscitado su «Libro de la caza menor» haya despertado emociones antiguas y que la cita de Lorenzo el bedel me traiga a la memoria el recuerdo de Miguel, cazador y amigo ya muerto, y también bedel y luego ordenanza en Hacienda, con el que conviví jornadas de caza que ya no podrán repetirse.

Las codornices cambiaron sus costumbres

Los capítulos titulados «El primer día de la temporada» y «El último día de la temporada» son dos trozos de gran valor literario y sentido humano en los que todo cazador hallará regocijo o nostalgia de trozos de su vida. Se describen —mejor, se muestran— dos salidas de la «Partida del Cazador», de la que forma parte el propio Delibes: la misa, el desayuno, los proyectos de la semana, la salida en el viejo «Chevrolet» del 29, los diálogos, la parada en el cortijo, la forma de llevar las manos y, al final, el recuento de piezas. Pero esto hay que leerlo para que todo cazador vea ahí un episodio de su vida, del contacto con la naturaleza, del reparto final del lote. El cazador es el propio Delibes, Manolo Grande (su hermano), Manolo Chico y Antonio Merino son los otros tres. Los dos relatos nos traen, con la emoción de la caza, como una bocanada de brisa húmeda del amanecer, de gotas de rocío en la hierba y de olor a monte.

Miguel Delibes hace en los sucesivos capítulos del libro, en forma llana y len-

guaje de cazador, al mismo tiempo gran escritor, la presentación de las distintas modalidades de caza, comenzando por la codorniz, ave esta que, según nos dice, ha modificado sus antiguas costumbres migratorias habiendo cesado buen número de éstas, en el campo, en los nuevos regadíos del Plan Badajoz. Esto sin omitir anécdotas, la labor del perro y curiosas referencias, como la de la lluvia de codornices que cuenta la Biblia cayó sobre los israelitas cuando su huida de Egipto. El conejo —ahora tan esquilado con la mixomatosis—, que requiere rapidísimo tiro; la paloma y la torcaz, la liebre, la chocha perdiz, la avutarda y el sisón, el águila, la alondra... todas estas especies son tratadas en otros tantos capítulos que permiten dar fe de los conocimientos cinegéticos del cazador a través de la pluma moderna, ágil, sobria y justa de Delibes.

La reina del monte

Respecto a la perdiz roja, es la caza predilecta de Miguel Delibes, y en los nueve epígrafes en que la describe —unas 60 páginas— se ve que esta especie, tan española, no tiene secretos para él. Y describirá la caza en mano, el ojeo, el reclamo, así como «la perdiz, promotora del turismo». En este epígrafe el escritor habla de la gran afluencia de extranjeros —muchos norteamericanos— hacia nuestros cotos. ¿Y qué tiene la perdiz roja que no tengan sus pájaros?, si es que la pregunta no es indiscreta.

—Mire, hijo, para un cazador-cazador, enumerar los atractivos de la perdiz roja puede ser tan deshonesto como describir los encantos de Sofía Loren —nos dirá Delibes para señalar que esta perdiz «promotora de divisas» es una de las pocas aves que «todavía están ahí», mientras que los pájaros de ellos son a menudo pájaros que «los han puestos».

Nos describe la dificultad de esta especie tan bravia y tan española como el toro de lidia, para dejar por sentado —como lo hace a todo lo largo del libro— que los alicientes de la caza están en razón directa de su dificultad y que las especies, por evolución natural, van haciéndose más sutiles en su defensa y de más afinados instintos, lo que impide su destrucción total. Cazar perdices en mano es más difícil que cazar elefantes, dice.

La perdiz roja es en fin, para Miguel Delibes, lo mismo que para aquel gran cazador de Padul —Leonardo— con quien compartí tan buenos ratos: «La reina del monte». Al leer ahora a Delibes todo son añoranzas.

J. CORRAL MAURELL

LABORATORIOS DE ESPECIALIDADES FARMACEUTICAS. GAS MUY INTRODUCIDAS SE VENDEN. Escribir núm. 1.252. ALAS. Bolsa, 5 - MALAGA

PERDIDA perra garabita, pequeña, día 1 septiembre, color marrón oscuro, con manchas blancas, atiende por Lina. Razón: Colchonera Antelo, Alhóndiga, 22. Se gratificará

EL MUNDO DE LA MUSICA

EDICION 1964 DE LOS FESTIVALES EUROPEOS

Nuevos miembros se suman a la gran cadena: Varsovia, Spoleto, Portugal, Bergen y Bath

UN ALTO IDEAL: EXPONER LA APORTACION NACIONAL A LA CULTURA EUROPEA

En pleno auge, la nueva edición de los Festivales Europeos. Al excepcional carácter de miembros tan destacados con el Festival de teatro griego de Atenas y Epidauró o a las características nacionalistas de Helsinki, Dubrovnik, Praga, Copenhague, pasando por los centros de la cultura occidental, que podrían ser Florencia, Berlín, Múnich, etc., etc., han venido a sumarse nuevos miembros, aceptados en razón de su excepcionalidad, según los puntos genuinos de la Asociación.

Son los nuevos invitados los Festivales de Portugal —en realidad un solo diseminado por ciudades como Lisboa, Oporto, Coimbra y villas de interés artístico—, patrocinado por la organización Gulbenkian y que contribuye con la genuina programación requerida por la Asociación y su prestigio internacional. El famoso de «Dos mundos», de Spoleto, adquiere su renombre de internacional por vez primera como miembro de la organización ginebrina, que junto con Perugia forma la parte diríamos medieval de los Festivales europeos, celebrados en dos ciudades auténticamente monumentales. Varsovia ingresa con su Festival de Música Contemporánea. Nombres tan escasamente conocidos como Bacewicz, Barraque, Baird, Feldmann, Kain, Malwski, Penderecki, Szabelski, alneman con los ya famosos Alban Berg,

de elegir para un pilar fundamental de un Festival Internacional. La otra vertiente, una vez superada la firme base estética, es la propia personalidad que cada Festival cuida intensamente. Son esos ciclos teatrales, musicales, coreográficos y folklóricos las exposiciones sobre temas propios; los estudios, los cursos de perfeccionamientos, las conferencias o las visitas a los mejores recuerdos de su historia cultural. Ambas vertientes se funden en un solo concepto: excepcionalidad y abundancia. Por algo un Festival internacional, como dicen los puntos de la Asociación, es algo excepcional que excede a la rutina general —llamaríamos rutina a los grandes programas de invierno que cada ciudad europea de prestigio pone a mano de sus ciudadanos?— de los programas musicales mundiales, para ofrecer en su vasto panorama un aliento subyugante de enorme poder expresivo, revelador al mismo tiempo de una densa aportación a la cultura europea.

Y así transcurren los Festivales de Europa. Junto a las grandes orquestas, los mejores solistas, la selección más rotunda, la media personal que justifica la excepcionalidad del concepto Festival, un concepto pensado precisamente como una recapitulación de la cultura europea y de la cultura occidental, como un recuen-



Calendario de los Festivales Europeos, con los nuevos miembros ingresados en esta próxima edición

Webern e Hindemith. Experiencias totalmente nuevas que van desde la música al «ballet» ensayista. Bergen, festival noruego, trae una característica puramente personal, con su ciclo de grandes conciertos de compositores noruegos contemporáneos —Klaus Egge, Sverre Jordan, Finn Mortesen—, obras teatrales de Bergmann, Brecht, Shakespeare —no olvidada su conmemoración en ningún festival de 1964— y un ciclo de folklore noruego que completa, junto con los tradicionales conciertos, «ballets» y ópera, un excelente programa.

Los Festivales 1964

Vista una nueva edición de los Festivales europeos, se reafirma el estilo y las características del conjunto. Diremos, pues, que los programas tienen dos vertientes genuinas: una, la que llamamos tradicional, integrada por los conciertos sinfónicos a cargo de las mejores orquestas y los más famosos directores del momento; solistas, conjuntos, agrupaciones, óperas con las figuras más destacadas del mundo lírico y programaciones robustas en las que alterna el ciclo sinfónico —muy «extenso, valioso y variado» junto con los «oratorios», «mizas», «cantatas», recitales y todo el gran

to de eternos valores que son hoy el pilar inmovible de la civilización del hombre y de su permanencia humana. RUIZ MOLINERO

PARA EMBOTELLADOS Y VINOS FINOS

"Almacenes Puerta Real"



EXTRAFRI

NICOLAS EXTREMERA

FRIO INDUSTRIAL

Muebles frigoríficos para establecimientos :; Reparaciones frigoríficas.

PROXIMA APERTURA - SARABIA, 4.

(Junto a calle Navas) TELEFONO 26293



MIGUEL DELIBES FUNDACION



# MIGUEL DELIBES...

(Viene de la trece.)

—¿Qué es para usted el niño y qué es para usted el hombre?

—El niño encierra toda la gracia y todas las posibilidades del mundo. El hombre es un niño que ha perdido su gracia y ha limitado a una sus posibilidades. Ha dejado, en fin, de ser esperanza.

El novelista habla como escribe, con las palabras justas y exactas. Tiene una voz bronca y melódica.

—¿Cuál de los autores del 98 tenía la más auténtica visión de Castilla?

—Quizá Unamuno.

Delibes vive en Valladolid. El campo y los hombres de Castilla tienen en su pluma una prodigiosa fuerza. El novelista ausculta la tierra palmo a palmo. Traduce su latido dolorido y esperanzador. Todo está vivo y

palpitante en su obra: las plantas quemadas por el sol y los trigales amenazados por la tormenta, los hombres endurecidos y los ríos de agua lenta.

—¿Qué significa Castilla para usted?

—Un pedestal. Quítame a Castilla de bajo los pies y me caeré.

—¿Cuál es su mayor dolor?

—Ser testigo de una injusticia y no poder remediarla.

—¿Cuál sería su mayor satisfacción?

—Poder remediar esa injusticia.

Miguel Delibes es alto y con un aire muy personal. Se pasa la mano por la cabeza de vez en cuando y habla cortito y poco abundante, y hablando.

El Miguel Delibes novelista es un hombre sencillo que escribe sencillamente.

—Influye el periodista en el novelista?

—El periodismo es un gimnasio excelente para el novelista. Nos aproxima al hombre y nos da —cultivando todas sus facetas— una soltura narrativa.

—¿Y viceversa?

—La novela ayuda a sopesar el fondo humano de los hechos, que es, en definitiva, lo que les confiere valor periodístico.

—¿Le importa mucho la técnica en la novela?

—No se puede hablar de una técnica para hacer novelas como de una técnica para levantar un puente. En arte, cada nombre es una técnica.

—Delibes —humano, sencillo, sensible al mundo que le rodea y abierto a toda saña inquietud— eleva los hombros y comenta:

—Yo hago lo que sé hacer, a mi aire...

—¿Procura usted que sus personajes sean siempre reales?

—Los personajes pueden ser reales, y en hacer que lo parezcan aplico mi mayor esfuerzo. Para mí, la novela, antes que la peripecia, son los personajes que circulan por sus páginas.

El novelista hace un breve silencio que uno no se atreve a romper. Luego continúa hablando:

—El campo y sus hombres, al menos en Castilla, pese al cine y al turismo gregario, aún permanecen sin disfrazar.

Posiblemente la mayor afición deportiva de nuestro novelista sea la caza. "Diario de un cazador" demuestra su preocupación por este tema. Para Delibes, la caza es una pasión en su vida, como un intento de sentirse paleolítico:

—La experiencia, incontestablemente, es atractiva. Sentirse primitivo por sus horas ayuda, luego a soportar las insoprotables cargas de la civilización.

Miguel Delibes —catedrático, director de periódico, novelista— tiene mucho de hombre de campo, de buscador de nuevas sendas, de conocedor de la llanura y del tomillar, de los pájaros y del cielo ancho de Castilla.

—A la hora de novelar, la caza vale: hay un hombre, un paisaje y una pasión. ¿Qué más elementos necesita una novela?

Y dejamos a Miguel Delibes. El escritor que en sus días libres se va de caza con los amigos, a conocer la tierra y la gente de Castilla, a incorporar sin tópicos su mundo de sol y de humana ternura.—(Reportaje Logos.)

# «El libro de la caza menor»

AMD, 75, 18, 4 10



## Por Miguel Delibes

**D**ELIBES es profesor, periodista y escritor. Tres cosas que rara vez se dan juntas. Miguel Delibes, novelista bien conocido, porque la novela llega más lejos que la cátedra y el periódico, tiene como afición que le compensa de vivir en el maremágnum social, en la inquietud intelectual, una desmedida afición a la caza. Fruto de ella es esta obra (1), que posee la virtud de interesar a los alejados del mundo cinégetico, porque se cuenta con gracejo y con lenguaje sugestivo. Como que no sería difícil extraer de su contenido una serie de reportajes valiosos, cuanto más que se han tomado de la realidad y se echa de ver muy pronto que son personajes en torno a los cuales todo parecido es deliberado, a salvo matices, naturalmente.

En su primer capítulo describe el estado de ánimo, las esperanzas, la alegría exultante del primer día de caza. En el capítulo final, la plena vivencia del último día de caza. Entre uno y otro, multitud de escenas, consejos, detalles del cazador y sus circunstancias. Todo lo que vuela o se mueve sobre el suelo con perspectivas de zurrón, ha sido tratado por Delibes con un garbo seductor. Sistematizado, derivado de la experiencia, pero en humano, incluso por el empleo de voces y giros que no quieren perder de vista la "vida como es", la vida del cazador como debe ser. Así en los diálogos, como en lo descriptivo, en la crítica de lo que la costumbre ha generalizado, como en la interpretación que al deporte más antiguo del mundo da un hombre sabedor, Delibes ha logrado ocultar lo mucho que sabe, virtud nada despreciable en un terreno propicio a divagaciones pseudo científicas. No filosofa a lo Ortega, ni es técnico a lo Conde de Yebes, dos cumbres en su respectivo género sobre la caza y los cazadores. Delibes nos deleita con incontables



El cigarrillo, lo mismo que la pieza antes de ser abatida, ya se está paladeando cuando se hace una tregua en la andadura y a calzón quieto se lía con ritual y parsimoniosa complacencia. Mucho sabe también de todo esto el autor del libro, Miguel Delibes, que en el grabado aparece en compañía de un correligionario en las lides venatorias, la escopeta descansando sobre el antebrazo, el gesto tranquilo y al socaire de la visera calada su peritísima mirada de cazador.

estampas de los perseguidores de la perdiz, la còdorniz, la liebre, el pato, la paloma, el urogallo... en fin, de todas esas animalías que el cazador, el buen cazador, derriba y no come por lo general. Estamos seguros de que la nueva obra de Miguel Delibes,

tan distinta de las anteriores, será leída con gusto por todos y con pasión por los amantes de la caza. (1). "EL LIBRO DE LA CAZA MENOR". por Miguel Delibes. 218 páginas. Ediciones Destino. Barcelona.



P. 140

LA VOZ DE GALICIA La Coruña	DIARIO DE PONTEVEDRA Pontevedra	12     8 OCT. 1964
EL IDEAL GALLEGO La Coruña	LA VOZ DE ASTURIAS Oviedo	
FARO DE VIGO Vigo	LA NUEVA ESPAÑA Oviedo	
EL PUEBLO GALLEGO Vigo	REGION Oviedo	
EL PROGRESO Lugo	EL COMERCIO Gijón	
LA NOCHE Santiago de C.	VOLUNTAD Gijón	

MD

## Crítica de libros

Por J. OTERO PEREZ

Desde tiempos inmemoriales, es abundante la bibliografía que alberga en sus temas, el viejo arte de la caza. En un orden mundial se barajan nombres prestigiosos en los anales de la literatura, que nos han legado estupendas narraciones sobre el desarrollo y la emoción que encierran las horas dedicadas a la caza. Concretándonos a ámbitos ibéricos, encontramos jugosas páginas de temas ginegéticos, debidas a la pluma sabia y regia del décimo de los Alfonsos. El infante don Juan Manuel, también bordó interesantes líneas sobre el particular. Y ya más cerca de nuestros días el maestro Ortega y Gasset, tiene para la caza amplio espacio en su obra varia, honda y copiosa.

En nuestra contemporaneidad, tenemos un auténtico y estupendo cronista oficial de lo que la caza encierra y significa. Nos referimos al buen novelista y entusiasta cazador Miguel Delibes. Nadie como el escritor vallisoletano aborda el tema de la caza en nuestros días. De este autor leemos en estos momentos su obra «El libro de la caza menor». (1).

En este libro Delibes nos da una amplia y profunda lección de cómo se debe practicar la caza menor. El libro comienza con un interesante relato sobre «El primer día de la temporada» y termina con otra narración no menos jugosa e importante bajo la denominación de «El último día de la temporada». Entre una y otra el autor intercala seis lecciones a través de las cuales nos documenta sobre las buenas formas y las más provechosas maneras de hacer fructífera la caza.

Usando de un idioma vivo y fluido y, llevando el tema por caminos no exentos de humor y ternura, Delibes sabe convertir a cada pieza de su caza menor, en un personaje dramático y consigue con ello un proceso desevoltivo que da como resultado final el que el libro se nos presente en su sólida estructura como relato didáctico muy provechoso y marginado de toda frialdad expositiva y de toda avidez, propias de tratados. Precisamente en la humanización que Delibes otorga al tema, radica la fuerza máxima, el valor sumo, de este libro que leen con interés y agrado no sólo los directamente interesados por los temas de caza, sino cualquier lector interesado en la lectura de libros de categoría e interés. En otras palabras, la maestría con que es abordado el tema, reclama al lector y le sobreponga a lo que el tema en sí encierra. Creemos sinceramente que más no se puede conseguir.

(1) «El libro de la caza menor», por Miguel Delibes. Ediciones Destino. Barcelona.

MD

## crítica literaria

### UN GRAN LIBRO SOBRE LA CAZA



La aparición de una nueva obra de Miguel Delibes, sea del género imaginativo o no, tratase de novela, libro de viajes o crónicas o relatos sobre el tema predilecto de este escritor, como es el de la caza, significa un acontecimiento literario que conviene subrayar con toda la importancia que encierra. Que el lector espere con interés cada nuevo título de un novelista, es realmente significativo; pero que ese mismo lector se interese en igual medida por una

obra no específicamente novelística, como ocurre en el caso de Delibes, es algo que viene a confirmar que este autor cuenta ya con un número muy elevado de lectores y que su obra responde a unas condiciones de exigencia y densidad verdaderamente valiosas.

Quando, entre novela y novela, Delibes lanza un libro de viajes o sus estudios —¿no lo son, acaso, aunque sin el jarrago de lo pretenciosamente pedagógico?— sobre la caza, en un caso, concretamente, sobre la perdiz roja, y ahora sobre el amplio, curioso y rico tema de la caza menor, sus lectores se sienten movidos por una ávida curiosidad y pasan a situar estas obras en un estamento categórico en cierto modo paralelo a la producción novelística de este escritor, que hoy ocupa, sin discusión, el puesto de avanzada en las letras españolas.

En la vida de todo hombre hay una constante que le condiciona y a la vez promueve, hasta concretarla, su personalidad. En todo creador —escritor o artista— se da, además, otra constante, gracias a la cual su personalidad adquiere unos relieves más elocuentes y definidores al permitir una proyección más exacta de sus resortes secretos. Delibes, además de escritor que se ve abocado a inventar personajes, hechos y circunstancias en búsqueda de cada orden universal en el orden particular de sus novelas, es también hombre de irrefrenable afición por la caza. Toda afición no es sino el resultado de una frustración en el propósito máximo del ejercicio de aquello que nos tienta. Puede darse, imagino (y conste que escribe el profano, de temperamento sedentario y pateador, por lo tanto, de asfalto), el cazador por necesidad, el cazador por contagio o por deporte; pero el que, ineudiblemente se da, es el cazador por vocación, alentada quizá por una pasión soterrada de ancestrales resonancias. Y Delibes, además de novelista excepcional, es cazador que encaja en esta última condición: un hombre que con la escopeta al hombro y el campo abierto ante sí —y con más razón si es esta Castilla de grandes horizontes y constantes sugerencias— se siente de una manera más fiel y completa y actúa en respuesta a ese misterioso latido que le permite una mayor comunicación con el ambiente siempre insólito de la naturaleza en trance, gracias también a su sensibilidad de escritor. Esto queda expresado de forma elocuente, tanto en sus novelas como en sus obras sobre el tema, la más inmediata de ellas, «El libro de la caza menor», estupendamente editado por «Destino» y que constituye un exponente de dominio del motivo que trata y a la vez de valioso caudal literario.

La caza ha sido motivo de numerosos libros que han tratado el tema desde los múltiples aspectos que admite. De un modo literario, social y hasta filosófico, como tarea que es expresión vital desde las primeras manifestaciones del hombre. Ocurre, sin embargo, que en esta reciente obra de Miguel Delibes un tema tan tentador resulta de una originalidad y, sobre todo, de un interés poco comunes. Dentro de la temática de la cinegética «El libro de la caza menor», es la obra más importante publicada en mucho tiempo y a la par de singular trascendencia desde el aspecto eminentemente literario.

¿En qué circunstancias radica la condición de excepción de este libro? En el hecho, sin duda, de que quien lo ha escrito no sólo es avezado cazador, sino también novelista, un hombre, por lo tanto, capaz de dotar del máximo interés humano al motivo para extraer de él todas las consecuencias. El tema, elaborado por un novelista, y más aún tratándose de un escritor como Delibes, al que califican una gran sensibilidad, una sorprendente intuición y un dominio del lenguaje absoluto, adquiere una categoría insospechada, componiendo el libro un relato —fragmentado en dos narraciones, al principio y al final— a base de un diálogo vivo, enjundioso y denso bajo el cual palpita ese humor socarrón, tan castellano, habitual en este escritor que posee como pocos el secreto del idioma y cuyo estilo está dotado de la limpieza y autenticidad intrínsecos en la mejor prosa castellana. El lector es llevado a un mundo lleno de incentivos, movido por la pasión o excitado por la peripecia, conociendo pormenores sobre la caza de la perdiz, el urogallo, el conejo y cuantas especies son motivo de aventura tan sencilla en apariencia, pero tan apasionante para los que la cultivan y para cuantos, ahora, a través de estas páginas, las conocen de un modo directo, ya que compone el libro un vasto fresco sobre esta acción humana, tan, repetimos vinculada al hombre. Una serie de buenas fotografías de Ontañón, complementan la cualidad descriptiva del texto, una muestra admirable más de la labor creadora de Delibes.

3-1-66 14

«El libro de la caza menor», por Miguel Delibes. Ediciones Destino. Barcelona, 1964.

MD

Yo no soy, ni he sido nunca, ni creo que llegue ya a ser cazador. No lo sé. Dios sobre todo. Pero me he leído este libro sobre caza, página tras página, con el mayor interés y con la sonrisa en los labios. Y ello se debe, sencillamente, al buen arte de contar que tiene Miguel Delibes, a su gracejo singularísimo, a su socarronería castellana de la mejor ley y al pasmoso dominio que del tema de la caza menor posee. Sentimos que ha pasado cazando toda su vida y como si hubiera nacido ya pidiendo una escopeta y un buen perro. Domina el tema, se lo sabe. Y nosotros también, tras la lectura, sabemos casi cuanto hay que saber sobre perdices, codornices, palomas, chochas, conejos, liebres, patos y avutardas. Todo el libro huele a campo, refleja mañanas de escarcha y de sol, caminatas montaraques, silencios expectantes, bromas y comentarios cambiados bajo un árbol mientras se toma un taco de jamón y se bebe un trago de la bota o de la cantimplora. Este libro tiene —creo yo— que enamorar a los cazadores. A los no cazadores, como yo, sencillamente nos deleita, porque es auténtico, verdadero, sentido y vivido y entendido como pocos. Porque está sabrosamente contado, con un cierto, levisimo amaneramiento, aparente en las jugosas interrupciones del muchacho, pero con una gracia, con un garbo narrativo que muy pocos autores poseen hoy en nuestro país con el mismo dominio que Delibes. Gran libro este «Libro de la caza menor». Por su técnica venatoria, sin duda; estoy seguro. Pero, sobre todo, por su alegría vital, por su desparpajo, por su perfecto estilo castellano. Lleva, además, unas espléndidas ilustraciones fotográficas de Hontañón, que son como el postre y que ofrecen el fidelísimo reflejo de un largo día de caza.

Yueho 65  
Suero

15

# LOS LIBROS

Por DAMASO SANTOS

## MIGUEL DELIBES: «EL LIBRO DE LA CAZA MENOR»

MD

EN artículos de periódicos, en sus novelas «Diario de un cazador» y «Diario de un emigrante», recientemente en un breve libro titulado «La caza de la perdiz roja», ha puesto Miguel Delibes bien de manifiesto su conocimiento, afición y reflexiones en torno a la caza. Esa caza difícil, dura, exigua por los campos de Castilla, pero que da cazadores tenacísimos, de casta, que hallan en su ejercicio, en su ilusión y remembranza algo muy parecido a la felicidad. Miguel Delibes escribe ahora un libro largo y entero dedicado a la caza, un libro llamado «El libro de la caza menor» (Destino. Barcelona, 1964) que seguramente ha de constituir para los cazadores un sabroso mentarles las claves de sus ensueños, como para el lector en generallo es de amenidad y animación narrativa en uno de los temas predilectos del gran novelista.

El narrador o comentarista, que es el Cazador, con mayúscula, supone que le está contando todo eso a un curioso y joven doctrino, un poco guasón a las veces para frenar los entusiasmos del maestro y un mucho sorprendido por los intrínquilis de este arte, de este deporte, de esta hazaña que, según Ortega, es un placer volver al paleolítico y, según Lorenzo, el personaje delibiano, es sacudir con los perdigonazos a las piezas los



malos humores y las preocupaciones. Delibes acepta las dos teorías y nos ofrece, entre las páginas aleteantes sobre el primer día de la caza y las melancólicas del último, todo su saber y entender, toda la peripecia posible e imposible de la aventura cinegética, desde concretas experiencias personales y en compañía de personajes reales.

Hay un segundo narrador en el libro —también personaje en las prosas de Delibes—, que es el fotógrafo Ontañón, cuya excelente cámara ha captado con vivacidad y fuerza ilustrativa muchos de los momentos de la caza y episodios del mismo relato.

DESCRIPCIÓN DE EL LIBRO

NOIAS DEL CURIOSO LECTOR



“El libro de la caza menor”, por Miguel Delibes

# LA EXPERIENCIA CINEGETICA DE UN NOVELISTA

## Vida cultural

### Noticias

220 MILLONES DE EJEMPLARES

Las estadísticas son terreno delicado. Por ello los editores franceses han publicado sus balances de 1963. Un 7 por 100 ha aumentado la venta de libros en Francia. Pero en 1961 el balance fue mejor. No se ha hecho más que recuperar un poco.

Las obras literarias han aumentado. Los editores franceses estuvieron muy preocupados entre los años 1957 y 1960, en que bajaron alarmantemente las ediciones.

Las casas han intensificado las publicaciones de bolsillo y el sistema de ventas directas. Los doscientos veinte millones de ejemplares, frente a los ciento ochenta y nueve millones del año 1962, muestran, sin embargo, que la producción está en manos de veintitrés casas, entre las 375 existentes, que se llevan el 59.7 por 100 de las ediciones.

#### RIGOR DE CRITO

Emilio Cecchi cuenta un hermoso episodio en su reciente obra «Escritores ingleses y americanos», recientemente publicada en Italia: «Virginia Wolf había perdido un libro del que era autora, y se empeñó en hallar el manuscrito original del mismo. El marido lo buscó. Y cuenta: «Encontré entre las cartas de mi mujer una primera redacción autógrafa del texto y no menos de ocho o nueve versiones del mismo, copiadas de nuevo a máquina.»

Estas palabras —dice Cecchi— debieran ser dedicadas a la meditación de nuestros publicistas más volcánicos y antigramaticales, pues muchos escritores, dejando caer cualquier clase de prosa sobre el papel de un periódico, creen hacer al público quien sabe qué «audita concesión.»

cluido al final del capítulo, así como la relación de los presidentes.

No podía faltar el especial capítulo dedicado a Rusia, con sus aspectos comunista y polémica Oriente - Occidente. Y, finalmente, Guillén Salaya dedica sus buenas 60 páginas a España, “escudo de Europa” y pueblo representativo de unidad y universalidad.

M. del M.

ginación, poco dada a fantasías, con sucesos escenarios y vidas lejanas. Se limita a captar lo inmediato, y de lo inmediato, lo cotidiano y normal, sin buscar lo extraordinario, lo extravagante o lo truculento. Una fórmula o regla de vida que nos brinda en la introducción a «El libro de la caza menor», puede aplicarse a su trabajo literario: «El miedo, el hastío, sobrevienen cuando nos sentimos incapaces de estimar lo cotidiano.»

En la transcripción de la realidad empírica está, pues, la clave de su obra. Y el propósito trascendente estriba en reflejar fielmente esa realidad y ahondar en ella. La caza es una parcela de su campo de acción. Constituye para Delibes, como queda dicho, además de ejercicio deportivo uno de los más incitantes motivos de su actividad literaria. La caza no representa para él solamente —como debe de ocurrirle a sus conmitones—, la aventura del cazador, ni como tema literario se circunscribe el estudio de las distintas especies cinegéticas que pueblan el campo y los montes de Castilla —sicología y sociología venatorias— y a la explicación de los diferentes procedimientos de perseguir y capturar las piezas. Representa algo más. Es todo esto, pero concebido con una manifestación de vida digna de ser recreada artísticamente, tan digna como pueden serlo las acciones y pasiones humanas.

Porque en el libro de Delibes, ilustrado con bellas fotografías de Francisco Ontañón, los protagonistas no son los hombres si no los pequeños irracionales englobados en la denominación convencional de «caza menor», vistos como especies, no individualmente, claro es. La codorniz, la perdiz, la liebre y el conejo aparecen como los personajes principales, se-

guidos de otros hermanos de menor entidad. Al fondo, el decorado de la geografía adusta, no tan monótona como se dice, de Castilla, descrita por una pluma que por conocerla y sentirla entrañablemente no se cansa de descubrir sus secretos y de apurar sus matices. Y en el horizonte, las ágiles siluetas de los cazadores, entregados en cuerpo y alma a su deportiva devoción.

¿Qué puede decirse de la caza que no haya sido dicho? La pregunta se la plantea también el autor del libro, que conoce perfectamente la abundante literatura sobre la materia. Y la respuesta convincente, mejor que la que da en su declaración de propósitos, la encontramos páginas adelante, cuando le dice al supuesto interlocutor que le sirve para interrumpir, de cuando en cuando, las largas disquisiciones y establecer con el lector una amable relación coloquial: «Una vida, hijo mío, no daría para contar las gracias de la perdiz roja.» Lo que quiere decir que el tema, como todos los grandes temas, se mantiene inmarchitable y se justifica siempre por el arte de contar.

Arte insuperable el de Delibes. Supongo que este libro es un valioso documento para los cazadores y los eruditos de la caza. No en vano recoge las experiencias de veinticinco años de cazador y de miembro de una cuadrilla de media docena de hombres identificados por una afición común; experiencia por lo demás avalada con reflexiones e interpretaciones subjetivas sobre fenómenos de la caza que no tienen fácil explicación. Al lector profano no le reserva menos allicientes, aunque de otro orden, que acreditan la categoría intelectual de Miguel Delibes y confirman

sus valores literarios: el sentimiento muy vivo de la Naturaleza, un sentido del humor sobrio, tocado de cierta acidez; la caracterización certera de cosas y tipos, con breves y expresivas pinceladas, y la calidad de una prosa muy personal, formada por un lenguaje cada día más depurado, deliberadamente sometido a una estricta economía de medios que, lejos de excluir, exigen la riqueza y la propiedad del léxico.

La conciencia de sus límites confiere a este escritor la intensidad de su estilo y la singular fuerza de penetración en un espacio conscientemente acotado, que le caracterizan. Un espacio en el que no tiene más remedio que profundizar, si no quiere salirse de su contorno. Cuando rebasa sus límites e intenta dar a través de su obra de imaginación una filosofía de la vida, sacada más que de los datos de observación de la mera especulación intelectual, el autor deja de ser el señor de sus dominios, y su obra, a mi manera de entender, decae.

«El libro de la caza menor» no tiene preocupaciones de esta índole. Sus virtudes, como las de tantos otros escritores, se cifran en el esfuerzo de elevar a condición artística la vida de todos los días, los personajes corrientes y los sucesos normales que desfilan ante la ventana del escritor. Y construir con estos elementos de apariencia tan simple una pieza literaria llena de fuerza, de interés y de ritmo vital, características poco en consonancia con la ideología pesimista que aflora en algunas de las novelas del escritor vallisoletano.

Manuel CEREZALES

(1) Ediciones Destino. Barcelona.

## LIBROS

### “¿QUIEN GOBERNARA EL MUNDO?”

Las ideas de los pueblos que aspiran a la hegemonía mundial

Guillén Salaya es pluma conocida por su preocupación política y su presencia en momentos decisivos de la ideología y transformación del mundo en que vivimos. Su última publicación, “¿Quién gobernará el mundo?”, es una edición lógica, pues, de un hombre que no quiere estar ausente de la evolución de la política actual.

Pero el autor no ha querido ceñirse al erudito estudio y, en su inquietud, ha preferido la literatura interpretativa, estimando en buena lógica el interés que las ideas y sentimientos de los hombres tienen en el desarrollo de los acontecimientos.

Guillén Salaya se detiene a contemplar el mundo que nace y el mundo que muere. Sus preguntas se desprenden inmediatamente, después de las primeras reflexiones, “¿Quién gobernará este mundo que viviremos con nuestros hijos?”

Y no olvida dedicar especiales capítulos a los dos países

aún claves de la Historia: Inglaterra y los Estados Unidos. De este modo, Guillén Salaya repasa los acentos que han inspirado la política británica: el imperialismo, el parlamento, la técnica, el liberalismo... Y, por supuesto, los acentos que sellan la clave norteamericana: la conciencia de ser un “nuevo mundo”, la libertad, el camino hacia la unidad, la lucha por la democracia y el afán de hegemonía universal.

La Declaración de Independencia de los Estados Unidos y el texto de su Constitución son acertados apéndices in-



Francisco Ontañón

Las aficiones cinegéticas de Miguel Delibes nos han deparado magníficas páginas en varias de sus novelas, especialmente «Diario de un cazador» y «Diario de un emigrante», personificadas ambas por Lorenzo, bedel de oficio y cazador por vocación. Ahora le inspiran este nuevo libro en el que resplandecen sus mejores cualidades de narrador y de prosista.

«El libro de la caza menor» (1) no es propiamente una narración en la acepción canónica del término. Pero es el libro de un narrador nato, de un novelista. Los capítulos que abren y cierran el volumen son dos relatos breves de las vicisitudes de una cuadrilla de cazadores en el primer día anhelante y en el último melancólico de la temporada venatoria. Aquí se adelanta al primer término el Miguel Delibes conocido y consagrado como novelista de primera fila. Y en verdad que esta presencia, aun sin él proponérselo, no se desvanece en ningún momento. El tema, en otras manos o enfocado de distinta manera, desembocaría en un tratado de caza o en las Memorias de un cazador. Y lo que ha compuesto Delibes, aunque de difícil clasificación en la nomenclatura de los géneros literarios, lo que ha logrado realizar en virtud de una afortunada fusión de conocimientos asimilados y de experiencia propia, aderezada la mezcla con las esencias de un estilo fraguado en copiosa producción típicamente cualificada, es obra de novelista. No de ensayista. Ni de naturalista.

La caza es para Delibes una afición apasionante y una cantera, por lo que se ve inagotable, de inspiración literaria. El mismo lo confiesa en bello y sustancioso prólogo. Escritor realista, no podía proceder de otro modo. En Delibes no hay autobiografía, pero sí un rico caudal de experiencia personal y observación del mundo circundante. Del mundo en que vive y respira. No parece interesado en alimentar su ima-



# «El libro de la caza menor»,

por Miguel Delibes

17

**M**IGUEL Delibes es uno de los primeros novelistas españoles, pero él se estima mucho a sí mismo como cazador, como hombre que sale al campo, con el comenzar del día y vive una jornada de hombre completo; digámoslo así, y entregado al más primitivo de los quehaceres: cazar.

Hijo de cazador y con un primogénito que ya sale al campo con él, Miguel Delibes, a quien este invierno tuvimos en la ciudad leyéndonos admirables páginas de libros recientes, publica ahora el libro, más completo, sobre su afición, sobre su pasión.

Delibes es autor de distintas páginas sobre la caza menor — llamada «menor», diría él, con cierto tonillo despreciativo—, y ahora recordamos su estupendo Lorenzo, en el relato novelesco «Diario de un cazador», una de sus obras más famosas.

En «El libro de la caza menor», Delibes no inventa, no da vida a personajes imaginarios. Aquí se cifie a la sencilla y clara verdad de la caza, y su libro pudo ser —aunque lo sobrepasa— un gran reportaje. No lo es, porque la prosa de Delibes es siempre una fiesta, y el lector, le guste o no el salir con la escopeta al hombro al campo se maravilla y disfruta leyendo este largo relato del por qué se sale a cazar, y las estupendas páginas que Delibes dedica a la perdiz, al conejo, a la liebre.

No se trata de un «tratado» sobre el asunto, se trata de hablar, con entusiasmo contagioso, de una pasión que es vieja como el hombre y sobre la que



MIGUEL DELIBES

Ortega ha escrito páginas muy sutiles. Leyendo a Delibes a uno le entran unas ganas enormes de formar en su cuadrilla, de conocer a sus amigos, de aventurarse con él por los campos que él describe, siempre sin literatura, y con la mayor fortuna en la elección de sus adjetivos.

«Destino» publica el libro en su bella colección «Ser o no ser», y los grabados del libro están firmados por el estupendo fotógrafo — que ha logrado, con instantáneas muy precisas, dar una nueva dimensión al bellísimo libro de Delibes sobre la caza.— B.

Diario Baleares "Briet"

NOTICIA • COMENTARIO • CRITICA  
**LIBROS**

**Del íntimo placer de la caza...**

MD



**C**OMIENZO por contar, que en mi vida —fuera de los obligados de la guerra, se entienda— he disparado un tiro, aunque sí que el campo —bosques, nubes, ciertos ruidos, llamadas, pelucas— tire de mí con fuerza misteriosa, y sin gran quebranto me con victario, de hombre de la era atómica, en gar del paleolítico. Suprimo dos que, en opinión de Ortega, la caza también otorga al hombre librándole del del penoso obligado y consuetudinario vivir ciudadano —y la frase le salió redonda a un gran poeta— así siempre municipal y espeso...

No soy cazador, pero me gusta, yo diría que casi viciosamente, el campo. Y del campo, la soledad; el cielo azul, la briciada brisa del susurrar los melancólicos amarillos de la tarde, la paja y rotunda esplendor de los mediodías luminosos. Un campo primitivo, paleolítico también, sin agubios de civilización, incluso un tanto agresivo y monárquico: la virgen naturaleza intacta, ajena y casi inocua, impotente de ideas a machibambeco. Me duele como una profanación —aunque no deje por eso de ser comprensivo con la realidad— cuando esta "desarrollo" que se golpea en todos los detalles de nuestra boca, cuela del zurrón de posturas y gárrulos la caja metálica del "transistor", y donde sólo hubo rumor de brisas o ruidos de tempestad trinos de aves o gárrulos de bestias, susurros de ruidos o sólo y único silencio —en soledad sonora que nos desliza el verso de Fray Luis— la "civilización" irrompa en brutal y cruenta, zafia e irreverente.

Se, ya sé toda cosa de la cultura de las cosas del entrelaminado de los otros, del "antropocentrismo" que trabajo en sé pero sé de este modo con esa vieda "el paleolítico", a ese desorden del "penoso vivir", incluso a esa otra vertiente a cuyo comentario nos trae este abuelo, limpio, claro y faja de un viento "Libro de la caza menor" de Miguel Delibes, dudándose después de su lectura en falta de acción; mejor, en nula y negada "meditación" a correr tras de la liebre, de la perdiz brava, del conejo estúpido... Tal vez de ello tenga la culpa el excelente amor al campo, al tener acaso de que los árboles —esta vez más— no me deben ver el bosque; que el entusiasmo cineolítico se aparten a uno de la pura contemplación campestre, y lo que es más, del dulce rir-vira de la insubilidad cuando el Sol fulge y refuere por crestas y serrillones y tu aliento crepitar la creación catura y cocodista a la sombra al pajar umbroso, el impudico trazar del ruidos, el susurro adormecedor y limpio del viento. Dudándose, incluso a pesar de todo, porque Miguel Delibes ha dado aquí en "El libro de caza menor" con la tecla exacta que en su "Diario de un cazador" inuyera: su gran tema de la caza ancho y entrañable yo diría que superado al moverse sin el cansancio forzoso de un argumento. Es así en esta exposición de la vida montana, en este amoroso conocer de todos los boscazuelas cuerpas donde, como recordaba Ortega, "cada cual vive en propia vida", cada uno se encierra en su propia "intimidad". Cosa nada baladí, si bien se mira en estos tiempos en que la vida del hombre tiende a desintegrarse hasta en la medida que ese mismo hombre se socializa. "Libro de caza menor", que más a los no cazadores nos ilumina y condesciende y admiramos. "La soledad, hura más loca poseando sobre el alma, hace falta de trabajador sobre ella". La soledad del hombre en la caza se deshumaniza, es decir, se convierte en ser primitivo como antes decíamos, en ser que se palea y quizá. Certo que caza por divertirse como animal —un asunto de siglos y aún milenarios— catura exclusivamente por alimentarse. Pero en uno y otro caso, sin sentido alguno peyorativo, el hombre se deshumaniza, que no es decir se convierte en inhumano. Se despoja de esa técnica de deberes y conviviencias, de modelos y cortesías que entorpecen su marcha por el monte donde el ruidos el traspás los trochis y los atajos no tienen sentido amoroso alguno, al menos ese que tan feo, por el contrario, resulta cuando el hombre los practica en la ordenada jungla del asfalto... Y eso que nosotros que tan poco sabemos de caza, al discernimos en las diferencias de tirador y cazador. Las sabíamos ya aún antes de que Azorín nos las enumerase, pues una cosa es salir a matar, a cobrar piezas como liebre, y otra seguir las reglas de un arte en el que tan difícil es ser maestro. De ahí también que este libro de Delibes nos conante, porno para Delibes, para los cazadores que por el libro de Miguel Delibes discurren. "La caza es un pretexto —lo dice Azorín— con que meter la Naturaleza en su sensibilidad"; un pretexto que el autor no sólo ha seguido consigo propio y con sus amigos sino también con los propios lectores de tan admirables páginas, que si como en el caso del que esto escribe, hasta ahora amaba al campo —aire, nubes, penos, terricos, hondouzas, va les, trechos, cordilleras— una vez más ahora lo contemplará en la paz y seguridad de estos hombres de caza, y hussos que M. D. hace vivir en su libro, en sus increíbles madrugadas, sus formidables caminatas, su sol, viento, frío y tritones, arrojados así —caballeros sus tacha y sin miedo— por amor a la aventura y también —la verdad un poco— por sentirse libre del reboño social; mental e intelectual; mente por encontrarse siquiera unas horas a solas consigo. Por ese "huir —en ocasiones— del dolor de la vida" del que nos habla Lortz, el cad mítico personaje de "Diario de un cazador". Con lo que terminamos este comentario que lectura tan gustosa nos ha superido, y que poseosamente alarguémos más cho más si el carácter de esta sección lo permitiera. Miguel Delibes ha escrito un bello libro, un difícil libro, pese a que su aparente facilidad a su conciencia de llo segmental, pueda inducir a algunos a más ligeras interpretaciones. Pues sí es cierto que cada uno escribe como puede o como Dios le da a entender para mí que Delibes es de esos escritores que escriben como quieren; como les da la gana, cosa que por los resultados sólo pueden permitirse los maestros, los que saben escribir, que no es jugar palabras con polsbra y a ver qué sale, como hoy en día hacer suelen tantos y tantos.

José DEL RIO SANZ

\*"EL LIBRO DE LA CAZA MENOR" por Miguel Delibes. — Colección "Ser o no ser". — Ediciones Destino, S. A. — 215 páginas, 126 fotografías. — Barcelona, 1964.

# PANORAMA DE ARTE Y LETRAS

## Literatura y Sociedad

### MIGUEL DELIBES Y SU IMAGEN DE CASTILLA

MD  
por ANTONIO VILANOVA

DEJANDO aparte su prodigioso dominio idiomático y consumada maestría narrativa, la aportación más trascendente y decisiva del gran novelista vallisoletano Miguel Delibes al actual panorama de nuestras letras, consiste, sin duda alguna, en haber incorporado a la literatura una imagen auténtica de la vida cotidiana en los pueblos y aldeas de Castilla, despojada de tópicos casticistas e idealizaciones retóricas.

Fruto de un esfuerzo paciente y tenaz por desentrañar hasta sus raíces más hondas la verdad esencial de las gentes de su tierra nativa, la imagen de Castilla que la obra de Delibes nos ofrece es sustancialmente distinta de la visión, unas veces acre y desengañada, otras poetizada y embellecedora, que crearon los hombres del 98.

Por una parte, es una radical negación del viejo cuadro de la España negra, mito literario noventayochista, basado en una triste realidad histórica y social, nacida del absoluto abandono en que el sufrido campesino castellano ha tenido que vivir durante siglos, bajo un cielo inclemente y en una tierra inhóspita y baldía. Por otra, es una negación no menos firme de la visión puramente retórica y arqueológica, con que los celosos custodios de la tradición han pretendido siempre entre nosotros justificar la injusticia y la pobreza mediante la patriótica invocación de nuestras pasadas glorias y grandezas.

Incapaz de contemplar la realidad humana y vital de los pueblos y las gentes de su tierra nativa con ojos distantes y extraños, ajenos a las preocupaciones y afanes cotidianos de su existencia oscura y olvidada, Delibes a rehuido con el máximo empeño la inevitable deformación que trae consigo proyectar sobre las formas de vida de un pueblo empobrecido y exhausto los puntos de vista de la historia o de la arqueología.

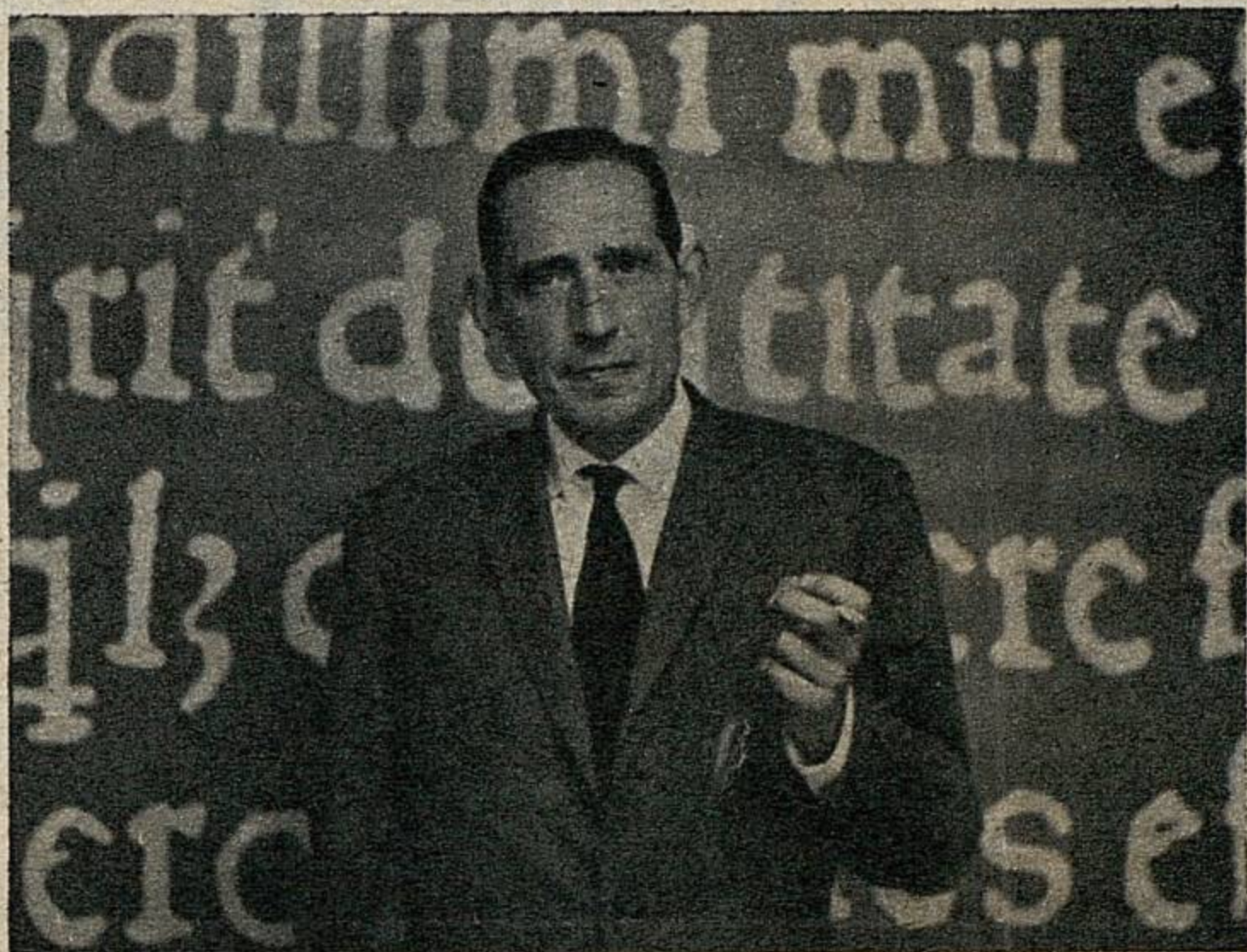
Bien es cierto que la adopción de una óptica historicista no logró deformar la visión del paisaje de Castilla de los grandes maestros del 98, visión impregnada, sin duda, de prejuicios y resonancias históricas, pero que sin embargo acertó a reflejar con la más límpida y desolada grandeza. La visión deformadora a que aludo, resultante del juego contrapuesto de los espejos degradantes o idealizadores, dentro de los cuales se ha querido reflejar, en función de su pasado histórico, la realidad actual de la vida castellana, se ha proyectado preferentemente sobre la gente labriega y campesina, y ha llegado a alterar con notoria injusticia la textura humana y el perfil moral de los habitantes de aquel paisaje.

Relegados a un segundo plano por el prisma interpuesto de la óptica cultural e historicista, los campesinos castellanos de la meseta no aparecen casi nunca como los que realmente son: seculares víctimas de un cielo despiadado e implacable y de una tierra reseca y esteparia, reducidos por la ignorancia y la pobreza a unas formas de vida elementales y primitivas. Ante la realidad miserable de sus chozas de adobe, ante el resignado estoicismo con que soportan la helada y la sequía, la estrechez y la pobreza, los tradicionalistas entonan entusiásticos loores a las virtudes indestructi-

bles de la raza y evocan el temple indomable con que los antepasados de esos castellanos de hoy llevaron a cabo las más audaces navegaciones y conquistas.

Sin intentar siquiera remediar sus condiciones de vida primitivas e inhumanas, los partidarios de esta visión esteticista de la historia, que re-

campesinas, con las que ha convivido innumerables veces en sus andanzas de cazador, Miguel Delibes, que es además castellano viejo y siente un fuerte apego por su tierra nativa, no puede compartir la despectiva opinión que ha merecido a la mayor parte de los escritores del 98 el habitante de los campos de Castilla. Plenamente



Miguel Delibes

chazan airadamente toda consideración de orden material, ignoran que esos hombres pertenecen al presente real, poseen nuestros mismos sentimientos y problemas, y esperan inútilmente, desde los tiempos de nuestras grandezas imperiales, la redención que otros, más desesperados o más audaces, encontraron en la remota tierra de las Indias. Este punto de vista sólo es capaz de ver en ellos a los empobrecidos descendientes de una vieja casta mística y guerrera, de conquistadores y cruzados, misioneros y teólogos, cuya presente ruina y abandono es la consecuencia lógica del espíritu ancestral de una raza fanática y batalladora, poco dada al trabajo y sólo apta para los delirios místicos y el esfuerzo bélico-heróico.

Dentro de este enfoque cultural e historicista, la presencia real de los actuales habitantes de los campos de Castilla aparece como un elemento molesto y perturbador que impide entregarse a la nostálgica evocación de las gloriosas gestas del pasado, en un paisaje que tiene acentos de epopeya. Frente a esta visión alucinada e irreal, hecha de nostalgias retrospectivas, el enfoque humano de los noventayochistas ha sido a veces igualmente injusto, por cuanto ha atendido más a la generalización de unos pretendidos caracteres raciales, que a la determinación de los factores sociológicos y ambientales que los han motivado. Dejando los violentos dictérios de Baroja, esta fue la actitud que llevó al bondadoso don Antonio Machado, supremo cantor lírico del paisaje de Castilla, a denotar con acerbo desdén la mezquindad y la codicia del labriego castellano, en quien veía un hombre de alma ruin, dominado por la envidia y la tristeza, cuya pasión bronca y enconada había inyectado en sus venas el odio fratricida de la estirpe de Cain.

Con su primordial preocupación por el hombre vulgar tal cual es, y su íntimo conocimiento de la vida y de las gentes

motivos que han impulsado al gran novelista castellano a describir con tan prodigiosa autenticidad las condiciones de su existencia, pesa también decisivamente el deseo de mostrar las valiosas cualidades humanas que conservan en medio de su pobreza, entre las cuales destaca especialmente el apego entrañable que profesan a su tierra nativa.

Convencido de la radical injusticia que supone para esos hombres, que toda posibilidad de progreso o de mejora tenga que provenir necesariamente de la destrucción de sus formas de vida sencillas y patriarcales, o del desgarrón del alma en carne viva que representa el drama de la emigración, Delibes quisiera preservar intactas sus viejas virtudes campesinas y lograr al propio tiempo para ellos unas condiciones de vida menos duras, que evitasen el éxodo y la desolación. El dramático planteamiento de este problema, que enfrenta la imperiosa necesidad de progreso y de mejora, al deseo de preservar las viejas tradiciones y las costumbres ancestrales de un pueblo de labriegos y pastores, que poseen las más puras cualidades humanas, es el que Delibes ha intentado abordar en sus mejores novelas de ambiente castellano y rural, desde «El camino», publicado en 1950, hasta las «Viejas historias de Castilla la Vieja», que acaba de publicar la Editorial Lumen (Barcelona, 1964).

Se trata, evidentemente, de un problema humano y social típico de nuestra época ante el cual carecen de toda validez y eficacia enfoques históricos del pasado, fatalismos deterministas y nostalgias retrospectivas. Problema que Delibes, como novelista de raza, no ha querido abordar en su mera dimensión económica y sociológica, a menudo ajena a la realidad espiritual y sentimental de los seres que la protagonizan, sino develar en su dimensión vital y humana, hasta alcanzar las raíces más hondas del alma castellana.

Sin recurrir a tópicos casticistas ni a idealizaciones retóricas, sin dejarse arrastrar en ningún caso por el tipismo costumbrista ni por el populismo folklórico, Delibes ha calado en la entraña misma de la Castilla aldeana y rural, adoptando simplemente un punto de vista humano ante el cotidiano vivir de los hombres que la habitan. Punto de vista humano que se basa en un amor entrañable por las gentes campesinas, en cuyas costumbres sencillas y en cuyas reacciones primarias y elementales, encuentra la prueba más paten-

te de su espontaneidad natural, no contaminada por el veneno corruptor de la civilización y del progreso.

Desde este punto de vista, un tanto idílico y rousoniano, que busca lo auténtico y esencial del hombre en la entraña del pueblo sin mixtificar, se explica la predilección de Delibes por los personajes sencillos y elementales y la especial complacencia con que se ha deleitado en describir el ambiente aldeano y rural en que se mueven. La explicación más clara y razonada que el gran novelista vallisoletano nos ha dado hasta ahora de esta actitud, de una trascendencia decisiva para comprender la evolución de su producción novelesca, se encuentra en el interesantísimo prólogo que encabeza el primer volumen de la espléndida edición de su «Obra Completa», que acaban de publicar con exquisito primor tipográfico Ediciones Destino (Barcelona, 1964).

En efecto, al justificar en una especie de balance introductorio de las características fundamentales de su obra, su propensión a novelar los medios rurales y las gentes sencillas y elementales, Delibes se manifiesta decidido partidario de la naturaleza frente a la civilización. «Preocupación siempre viva en mí —escribe— ha sido el hallazgo de valores estables, de valores materiales permanentes y, hasta el día, no encontré otro menos engañoso que la naturaleza. En lo que atañe a mi preferencia por las gentes primitivas, por los seres elementales, no obedece a capricho. Para mí la novela es el hombre y el hombre en sus reacciones auténticas, espontáneas, sin mistificar, no se da ya, a estas alturas de civilización (?), sino en el pueblo. Lo que llamamos civilización recata no poco la hipocresía. La educación empieza por disfrazar y termina por uniformar a los hombres. El hombre que reboza sus instintos y se viste en el sastre de moda, es un ser desfibrado, sin contrastes, sin humanidad y carente de todo interés novelesco. Esta es la razón —mi razón al menos—, que trato de hacer valer a la hora de justificar mis predilecciones dentro de la literatura».

Un claro eco de esta curiosa actitud neorromántica, especie de versión modernizada de la bondad ingénita del hombre natural, entrevisto sin embargo por Delibes con una profunda autenticidad realista, se encuentra en el ensimismado y errabundo protagonista de las «Viejas historias de Castilla la Vieja», cuyo retorno a su tierra natal comentaremos en un próximo artículo.

## ESCUELAS

SOBRE PZA. SAN LLEHY  
C/. RAMIRO DE MAZTU, 12-TORRE - TEL. 235 49 77



## REINA ELISENDA

la enseñanza que Vd. deseaba para sus hijos.\*. si los inscribe antes del 10 de Sepbre.

MATRICULA LIMITADA:  
Jardín de infancia - Párvulos - Primaria - Ingreso - Bachillerato elemental - Reválida.

- A 180 mts. sobre nivel del mar. Jardín. Mucho sol
  - Clases al aire libre
  - Sistema pedagógico orientado a crear un ambiente familiar
  - Formación completa: Principios de Escuela activa. Práctica simultánea de Castellano, Catalán y Francés. Educación Musical. Trabajos manuales, etc.
- Previstos los Servicios de Media Pensión y Transporte especial para los Alumnos que lo requieran.

INFÓRMESE CUANTO ANTES

\* *l'ensenyansa que desitjaveu per vostres fills*

calle de

# SANTIAGO

**«El libro de la caza menor», una nueva publicación de Miguel Delibes**

**El gran novelista vallisoletano debería ocupar, con todos los merecimientos, uno de los sillones vacantes en la Real Academia**

Miguel Delibes, siempre en la cima de la actualidad literaria nacional. Reciente aún la aparición de "Viejas historias de Castilla la Vieja" y el primer tomo de su obra completa, un nuevo título asoma, desde hace unos días, a los escaparates de las librerías españolas: "El libro de la caza menor", en el que Delibes vuelve a dar una completa muestra de su talento creador, de su sensibilidad y de su hondo conocimiento del tema. Libro de lectura fácil para todos.

Por cierto, que ya va siendo hora de que el nombre de Miguel Delibes, hoy día uno de los primerísimos y más importantes escritores españoles de la actualidad, vaya siendo relacionado con uno de esos tres sillones vacantes en la Real Academia. Si alguien debe ocupar una de esas vacantes, con toda justicia y merecimientos, es Miguel Delibes. Su presencia es completa y decisiva en el panorama actual de nuestra literatura. Delibes, en la Academia, sería la justa coronación de una carrera como escritor y novelista escalonada de éxitos. Su presencia, en uno de esos sillones libres, es necesaria, además, con todo rigor.



# MIGUEL DELIBES publica <sup>21</sup>

MD

## SUS OBRAS COMPLETAS

«El novelista ayuda al periodista a sopesar el fondo humano de los hechos»

«Sin el Premio Nadal, posiblemente no hubiera escrito más»

Por Miguel Fernández

En el año 1947, Miguel Delibes, un hombre hasta entonces desconocido en las letras, afincado en Valladolid, consiguió el premio "Nadal" con su obra "La sombra del ciprés alargada". Desde aquel día, con paso seguro y pulso sereno, sin trampa ni cartón, sin buscar absurdas leyendas y trabajando con aplicación, Miguel Delibes ha ido subiendo cada día y cada año un peldaño más en la novelística española. Su nombre está hoy entre los primeros de nuestros novelistas responsables y conscientes de su deber literario y social.

Hace poco apareció el primer tomo de sus obras completas. Este volumen tiene tres novelas: "La sombra del ciprés alargada", "El camino" y "Mi idolatrado hijo Sisi". Mientras el novelista continúa trabajando en su obra en marcha, los editores se preocupan en ir recopilando los primeros frutos.

—¿Sin el premio "Nadal" hubiera usted triunfado lo mismo?, preguntamos a Delibes.

—No. Es posible que no hubiera escrito más.

—¿Qué opinión tiene de los premios literarios?

—Los premios ayudaron a despertar al público lector. Ahora menudean tanto que mucho me temo que lo vuelvan a dormir.

En este mundo árido y a la

vez cordial del novelista Delibes, no falta el chiquillo del trigal, un hombre pequeño pero que nunca deja de ser niño. Un zagal, que como el "Nini" de "Las ratas", sabe de la hierba y de las nubes, de la clueca y de la acequia de fango donde vivan las ratas.

—¿Por qué los niños ocupan un lugar tan improtante en su literatura?

—Porque los niños, como los hombres del campo, conservan toda su espontaneidad, son como son, sin artificios ni posturas que los enmascaren.

(Continúa en la 16.)



MIGUEL DELIBES